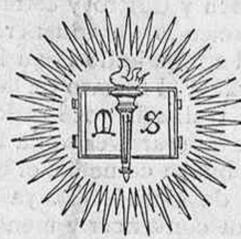


La Ilustración



Artística

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL.

AÑO XXII

← BARCELONA 24 DE AGOSTO DE 1903 →

NÚM. 1.130

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VENDEDORA DE UVAS, cuadro de J. Darca

ATENEDOR DE
BIBLIOTECA
MADRID

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de una interesantísima novela de Pablo Bertnay, titulada *POR EL AMOR*, con ilustraciones de Marchetti.

SUMARIO

Texto. — *Crónica de teatros*, por Zeda. — *El duque de Fernán-Núñez*, por J. G. Abascal. — *Margarita*, por Rafael Nogueras Oller. — *Costumbres matritenses. Tarde de toros*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Nuestros grabados.* — *Sonia*, novela ilustrada (conclusión). — *Palacio de Justicia de Barcelona*.

Grabados. — *Vendedora de uvas*, cuadro de J. Darca. — *Escudo de la casa Fernán-Núñez.* — *El duque de Fernán-Núñez.* — *La duquesa de Fernán-Núñez.* — *Bretonas enlutadas*, cuadro de C. Cotter. — *San Francisco en las dunas*, tríptico de L. Frederic. — *Huérfanos*, cuadro de Teodoro Axentowicz. — *En Venecia*, cuadro de Richart. — *Primera adoración del nuevo papa Pío X por los cardenales* y varios episodios posteriores a la elección del nuevo papa, dibujos de Amato. — *La Muerte*, tríptico de Hermán Neuhaus. — *París. La catástrofe del Metropolitano. Los bomberos penetrando en el interior del túnel.* — *Fuerzas de policía apostadas a la entrada de la estación de Colomnes.* — *Conducción de algunas de las víctimas al cuartel de la Cité.* — *Palacio de Justicia de Barcelona*, proyectado y dirigido por los arquitectos D. Enrique Sagnier y D. José Doménech Estapá.

CRÓNICA DE TEATROS

Lo ocurrido á Rostand en París, con la resurrección de su vaudeville *El guante rojo*, es un hecho, que por lo que pueda suceder deben tenerlo muy en cuenta los autores españoles que andan por los teatros de la corte en parejas, como la Guardia civil. Sabido es que Rostand, antes de escribir la *Samaritana*, *Cyrano de Bergerac*, etc., etc., colaboró — á fin, sin duda, de meter la cabeza en el teatro, cosa más difícil aún en la capital de Francia que en la de España — con un Sr. Mars, ducho en las tretas que son allí menester para estrenar una obra escénica. Gracias á Mr. Mars, pudo ver el futuro autor de *L'Aiglon*, iluminado «por el fuego de la rampa» su *Guante rojo*. Púsose la obra en escena algunas noches, pero murió muy pronto y nadie volvió á acordarse de ella, ni el propio padre que la engendró... Digo mal, *El guante rojo* no se había borrado de la memoria de Mr. Mars, y cuando Edmundo Rostand, que por lo visto no peca de modesto, entraba á tambor batiente en el templo de la inmortalidad, esto es, en la Academia, cáte que su antiguo colaborador saca del olvido *El guante rojo* y anuncia su *reprise*.

Saber la noticia Rostand y sentirse tan indignado como el advenedizo á quien se le echa en cara lo humilde de su origen, todo fué uno. ¡Cómo! ¡El, halagado por la gloria, aplaudido no sólo por el público de París, sino por todos los públicos más ilustrados del mundo, académico, inmortal, gloria de Francia..., iba á consentir que se le refregase por la cara aquel pecadillo de su juventud! Semejante paternidad le deshonoraba. ¿Y qué ha hecho? Lo que ciertos padres poco escrupulosos hacen con las madres de sus vástagos ilegítimos. Tapar la boca de Mr. Mars, á fin de que tenga oculto al hijo del pecado.

Esto que tanto ha dado que hablar y que escribir en la capital de la vecina república, no debe ser — vuelvo á decirlo — echado en saco roto por nuestros escritores *emparejados*. Aquí, especialmente en el género chico, se necesitan por lo menos dos ingenios para producir un sainete. ¿Quién sabe si andando el tiempo, uno cualquiera de estos socios llegará á ser un Rostand y renegará, como el autor del *Cyrano*, de las obras que hubo de escribir en colaboración con otro? Por esta y por otras muchas razones sería de desear que cada cual escribiese sus comedias sin ayuda de vecino.

No ha sido muy abundante la producción escénica durante el mes último. El acontecimiento más brillante que en Madrid registra la crónica de teatros, es el incendio del Eldorado. Aparte de las pérdidas materiales que con tan infausto motivo han sufrido el empresario y los artistas, entre los cuales parece que hubo alguno á quien el incendio dejó solamente con lo puesto, pérdidas que de todas veras deploro, es lo cierto que el arte ha padecido poco. Las obrillas nuevas que allí se representaban habían sido ya trituradas por el público: el fuego acabó lo que empezaron los espectadores. De dichas obrillas no quedan ya ni pavesas. Veremos si el día menos pensado renacen, como el ave fénix, de sus cenizas.

Por fortuna, el incendio estalló cuando no había en el local más que algunos empleados que fácilmente lograron escapar de las llamas. Si el fuego

hubiera comenzado poco antes, el Eldorado, construido ex profeso para la representación de sainetes más ó menos divertidos, hubiérase convertido en teatro de una espantosa tragedia.

Si no del todo trágico, mucho de dramático ó más bien de melodramático tenía *El equipaje del rey José*, episodio de Galdós, convertido en obra teatral por los Sres. Catarineu y Castro y estrenado en Apolo. El público, ejerciendo de aduanero intransigente, no dejó pasar el equipaje de Pepe Botellas.

No es de extrañar el fracaso de la tentativa, digna de mejor suerte, realizada por los dos jóvenes escritores. Aparte de que rara vez se ha logrado sacar de una novela una buena comedia, el carácter patriótico del episodio de Galdós era ya de por sí un inconveniente para convencer y menos para entusiasmar á quienes les zumban todavía en los oídos los ecos de la Marcha de Cádiz. Estando tan recientes nuestros quebrantos militares, ensalzar glorias guerreras es algo así como hablar á un paralítico de los encantos de la danza. Tal estado de ánimo en el público hubo de contribuir no poco al exceso de severidad con que fué tratado *El equipaje del rey José*.

Más afortunados han sido los autores de *El célebre Coridón*, zarzuela en un acto estrenada con aplauso y que aún sigue en los carteles del Lírico, y menos los de *El Trueno gordo*. Sabido es el contratiempo que acaba de experimentar aquel tan lujoso como mal aventurado teatro. Poco ha representó allí con aquel título una revista de los Sres. Perrín y Palacio, «plagada» de alusiones políticas, salpicada de chistes de mal gusto y terminada con una apoteosis ó cosa así de la República. Aunque todo aquello era vulgar y anodino, migajas en su mayor parte de la gacetilla periodística, y que por sí mismo se hubiera muerto, sin necesidad de que nadie lo matara, el ministerio fiscal creyó que *El Trueno gordo* contenía materia penable y prohibió la representación, procesando además á los autores y al empresario.

Sin que me meta yo á tratar aquí de un asunto que está *sub judice*, sí me atreveré á decir que la prohibición de *El Trueno gordo* y el procesamiento de sus autores ha dado importancia á lo que en rigor no tiene ninguna. ¿Qué significación política puede haber en una mojiganga en que con auxilio de mallas, bambalinas y vengalas se saca á relucir esta ó la otra alegoría? ¡Medrados estarían los ideales políticos si para influir sobre los pueblos tuvieran que disfrazarse de suripantas despechugadas y pantorrilludas!

Claro es también que, sobre ser de mal gusto, es un verdadero abuso poner á la vergüenza á personas respetables, haciendo mofa hasta de sus defectos físicos. Esto podrá hacer que se desternille de risa la canalla: las personas de alguna cultura mirarán siempre con desdenosa indiferencia tales farsas. Para ellas, ningún fiscal mejor que el buen sentido del público.

Cerrados todos los teatros de Madrid, á excepción del Lírico, la poca gente que aún no ha salido en busca de aire respirable y la mucha que por farsa ó por nefas tiene que pasar el verano en la villa y corte, siguen llenando los Jardines del Buen Retiro. Más que *La siratrica*, *El carnet del diablo*, *La piccola Bohème*, han deleitado al numeroso público las *reprises* de *Barba Azul* y *Boccacio*.

La música de Suppé, como el vino generoso, mejora con los años. Aquellas notas alegres que tan bien interpretan el erotismo del *Decamerón*, el descuidado mariposeo del amor libando gozoso en las flores, encuentran eco en todas las almas, que á despecho de cuantas austeridades impone la rígida moral se dejan llevar con gusto, en alas de la música, al mundo creado por la musa del poeta italiano.

Los espectadores de los Jardines acogieron con entusiasmo la partitura de Suppé é hicieron repetir el delicado y bellísimo dúo de Fiammeta y Boccacio. Es de advertir que esta vez se ha cantado íntegra la célebre opereta, despojada por los arregladores españoles y franceses de números tan exquisitos como «la Canción del cretino.» Por lo que dejo dicho, aunque la ejecución de Boccacio no fué, ni con mucho, una maravilla, puede decirse con verdad que la inspirada obra de Suppé ha sido el mayor éxito de la temporada.

En tanto que aquí en Madrid entreteníamos nuestras aficiones al teatro con lo poco que brevemente dejo dicho, la espectación de cuantos se ocupan y preocupan de las cosas de teatro estaba fija en Barcelona, en donde D. Benito Pérez Galdós ha querido dar las primicias de su última comedia *Mariucha. A tout seigneur, tout honneur*. El estreno de la obra de Galdós fué anunciado como un ver-

dadero acontecimiento; el público barcelonés llenó el teatro; Mendoza y María Guerrero ensayaron y prepararon la comedia, con el esmero artístico que en ellos es habitual, y la prensa de Madrid envió corresponsales que detallaran por medio de crónicas telegráficas las bellezas de *Mariucha*. Representóse la obra, y el maestro fué objeto de entusiastas ovaciones, y hasta hubo conatos de acompañar con antorchas al autor hasta su domicilio, cosa que Galdós rehuyó con su proverbial modestia.

Todos estos homenajes son justos: D. Benito, como le llaman cariñosamente sus amigos, es acreedor á esa y á otras muestras de respeto y entusiasmo. Su vida consagrada al arte, su producción novelesca la más abundante, sin duda alguna, de los tiempos modernos, la artística fidelidad con que ha reflejado el estado del alma española durante el siglo XIX, lo mismo en sus épicas luchas con los franceses, como en los tristes días de Fernando VII, como en sus reyertas intestinas y en sus conflictos de familia, nacidos muchos de ellos de la violenta é irreductible oposición en que se ha encontrado y se encuentra entre nosotros «lo que fué y es con lo que debe ser...» toda esta labor enorme, bien ganado tiene el aplauso incondicional del pueblo español.

Qué parte de los aplausos tributados á Galdós en Barcelona corresponde á su bien conquistada fama y cuál otra parte al mérito de *Mariucha*, es cosa que no pueden dilucidar los que, como yo, no asistieron al estreno. A la vista tengo un ejemplar de la comedia; pero tratándose de una obra de teatro, la lectura no basta ni aun para aventurar una opinión tan modesta como por fuerza había de serlo la mía. La condición esencial del género dramático es la *representación*: ésta es la que determina la amplitud y límites de la obra, la que fija el desarrollo y relieve de los caracteres, la que da la norma para la debida concisión del lenguaje. Dentro del arte literario, la dramática es lo que la escenografía dentro de la pintura: para juzgar del mérito de una decoración hay que verla *colgada* en el escenario con la debida luz y á distancia conveniente.

Por estas razones no incurriré yo en la temeridad de hablar de una comedia que no he visto representar, remitiendo á mis lectores á lo mucho, aunque no muy concreto, que la prensa diaria ha publicado acerca de *Mariucha*.

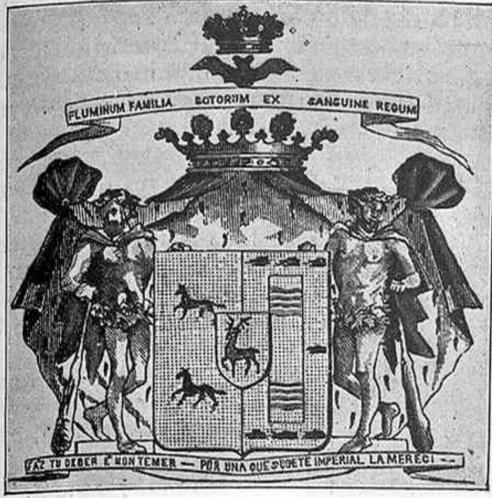
La gente joven se queja, y no sin motivo, de las dificultades, muchas veces insuperables, con que tienen que luchar para que sus obras sean admitidas por las empresas teatrales. Estas dificultades proceden de diversas causas. En primer lugar, aun siendo muchos, quizás demasiados, los teatros que en la temporada de invierno funcionan en Madrid, no bastan para satisfacer los naturales deseos que los autores, no sólo inéditos, sino de cartel, tienen de ver representadas sus obras. En esto, como en todo, son muchos los llamados y pocos los escogidos; y éstos, no siempre con acierto y justicia. Las empresas suelen preferir lo malo conocido á lo bueno por conocer; y mientras abren las puertas de sus teatros á algunos autores que una vez hicieron sonar la flauta por casualidad, las cierran á piedra y lodo á otros desconocidos, dignos de recibir el aplauso del público. Por otra parte, los directores artísticos no están siempre á la altura de su cargo, y se da con frecuencia el caso de que obras que han andado rodando por los teatros sin que los susodichos directores artísticos se hayan dignado echarlas ni siquiera una ojeada, cuando por un azar afortunado se han puesto al fin en escena han alcanzado verdaderos triunfos.

Siendo tantos los obstáculos que interceptan, para los autores noveles, el camino del teatro, juzguese si habrá sido bien recibido por los interesados el concurso abierto por Fernando Díaz de Mendoza y la empresa de *El Liberal* para premiar con cuatro mil pesetas la mejor obra dramática que se presente, prometiendo además que será puesta en escena en la próxima temporada por la compañía del Español. Es esta una puerta, ciertamente estrecha, pero al fin y al cabo una puerta más por donde puede aparecer ante el público un talento dramático hasta ahora desconocido.

Dicho certamen no tiene más que un inconveniente. El excesivo número de aspirantes que á él habrá de concurrir. Sabido es que son contados los españoles que no tienen su correspondiente comedia..., y algunos, como el estudiante gallego, una alforja llena de ellas.

De todos modos, por mi parte hago sinceros votos por que la patriótica iniciativa de Mendoza y *El Liberal* dé el resultado que el ilustre actor y el popular diario se proponen.

ZEDA.



Escudo de la casa FERNÁN-NÚÑEZ

EL DUQUE DE FERNÁN-NÚÑEZ

Entre las figuras más notables de la aristocracia española, en la segunda mitad del siglo XIX, descuella la del que fué generalmente conocido con el título de duque de Fernán-Núñez, que usó con preferencia á otros más principales de su ilustre casa y de la de su noble esposa.

D. Manuel Luis Pascual Carlos Fortunato Falco y de Adda nació en Milán el 26 de febrero de 1828. Fué el hijo segundo de D. Juan Fabio y Valcárcel, marqués de Castel Rodrigo, príncipe Pío de Saboya, grande de España de primera clase, y de su primera mujer D.^a Carolina de Adda y Kherenhüller, de los marqueses de Adda, de Milán.

Usó mientras fué soltero el título de marqués de Almonacid, y vistió el uniforme de maestrante de Valencia y se comenzó á llamar duque de Fernán Núñez después de su boda con la excelentísima señora doña María del Pilar Loreta Francisca Magdalena Osorio Gutiérrez de los Ríos de la Cueva y Solís Fernández Manrique de Lara y Cervellón, tercera duquesa de Fernán-Núñez, quinta duquesa del Arco, séptima duquesa de Montellano, octava condesa de Cervellón, tres veces grande de España de primera clase y señora de otros muchos títulos.

Verificóse esta boda en Madrid el 14 de octubre de 1852, instalándose el matrimonio en el palacio de Cervellón, casa solariega de la esposa, que era huérfana de madre desde el año 1836 y que perdió á su padre el 5 de febrero de 1859.

Bien pronto se pudo observar que la entrada del marqués de Almonacid en la histórica é ilustre casa á que le había llevado su enlace había de serle altamente beneficiosa por las cualidades de administrador celoso é inteligente que demostró desde los primeros momentos y por el regenerador espíritu que impulsaban sus acciones.

Era el que comenzaba á ser designado con el título de duque de Fernán-Núñez, que después ilustró tanto, hombre de gallarda figura y de distinción elegantísima. A la caballerosa sangre española de su línea paterna uníase en él el temperamento artístico de la hermosa Italia, patria de su madre, y era, como fué durante toda su vida, el tipo perfecto del gran señor á la moderna que sabe unir á los recuerdos brillantes de una tradición gloriosa todo lo que representa adelante en la sociedad contemporánea.

Así es que mientras casas poderosísimas é insignes de la aristocracia española que no seguían esta corriente, corrieron presurosas á la lamentable ruina que hemos presenciado, la de Fernán-Núñez se levantaba con los caracteres de las que han afianzado en Inglaterra el sistema constitucional, uniendo en estrechos lazos el pasado y el presente, como se unen en las almas sensibles y en los corazones delicados el recuerdo y la esperanza.

La aristocracia española de antigua cepa había dado pruebas de su amor á la libertad colocándose casi por completo al lado de la cuna de la reina Isabel, al morir Fernando VII, y derramando con heroísmo su sangre en los campos de batalla por sostener el vacilante trono de la augusta niña. Pero no tuvo en su mayoría todo el éxito merecido al desarrollar después del convenio de Vergara las dotes propias de los tiempos de paz, administrando bien sus vastos territorios y entrando de lleno en las vías del progreso.

Una dama ilustre, recientemente fallecida, la que fué durante mucho tiempo duquesa de Medinaceli y después de Denia, y un gran señor, que fué el duque de Fernán-Núñez, marcharon á la cabeza de este movimiento social.

De la duquesa de Medinaceli ya se habló en es-

tas columnas que hoy consagramos al insigne prócer que desapareció hace unos cuantos años del mundo de los vivos.

* * *

Al tomar asiento en el Senado, el duque de Fernán-Núñez confirmó su significación liberal figurando en las minorías monárquicas que combatían la política de los moderados, que fué tan pernicioso para el país y para la dinastía, y al mismo tiempo se complacía en proteger las artes y la industria española, emprendiendo las obras de transformación y ornato del antiguo palacio de Cervellón.

Levántase esta suntuosa residencia en un extremo de la calle de Santa Isabel de Madrid, y es el sitio donde se extendió en el siglo XVI una huerta que servía de recreo al famoso ministro de Felipe II, el desgraciado Antonio Pérez, y en la vecindad del monasterio de religiosas fundado en 1589 en la calle del Príncipe y trasladado en 1610 a aquel extremo de la villa por la reina doña Margarita, esposa de Felipe III, para que no molestasen á las esposas del Señor en su recogimiento los ruidos profanos del corral de la Pacheca.

El duque de Fernán-Núñez hizo convertir la casa solariega á la antigua española en una suntuosa y artística residencia moderna, que sin perder su histórico carácter señorial, pudo competir por su belleza con los más famosos palacios de Italia.

En el Carnaval de 1863 dieron á conocer los du-



El duque de FERNÁN-NÚÑEZ

ques de Fernán-Núñez á la sociedad aristocrática de Madrid y á brillante representación del mundo de las artes, de la política y de las letras, su transformada morada, siendo la inauguración prólogo del magnífico baile de trajes que allí se celebró el 14 de abril del mismo año con asistencia de los reyes doña Isabel II y su esposo D. Francisco de Asís y de los infantes duques de Montpensier.

La reina lució en este baile el traje bíblico de Esther, presentándose deslumbradora de joyas, y su esposo de Felipe III, vistiendo esplendores argelinos la duquesa y su esposo, el menor de los hijos de Luis Felipe.

La principal comparsa de este baile, memorable en los anales de la sociedad madrileña, fué la reproducción de la corte de los reyes Católicos doña Isabel y D. Fernando, representando á los personajes que descollaron en ella las más celebradas bellezas y los más notables personajes.

Fuó Doña Leonor de Lezcano doña María de Toledo, y el capitán Gonzalo de Ayora su pareja, el marqués de Aranda. Con la histórica armadura de Hernán Pérez del Pulgar se presentó D. José Alvarez de Toledo, que tan famoso había de hacer andando el tiempo su título de conde de Xiquena, y que fué el padre feliz de la espléndida belleza que había de unirse con el heredero de la casa.

La duquesa de Fernán-Núñez se presentó en este baile con el traje de Moraima, y fué doña Isabel la

Católica la hermosísima hija de los condes de Campo Alange, que ha llevado los títulos de marquesa de la Granja y de Pacheco.

El duque de Fernán-Núñez adquiría para llevarlas á las galerías de su palacio las obras que obtuvieran los primeros premios en las exposiciones, y así reunió allí la *Legetricie*, de Minghetti, primer premio de escultura en la Exposición de Londres; la *Cautiva*, de Vera; el *Torero herido*, el *Monaguillo*, de Benlliure, y encargaba á artistas españoles obras tan preciosas como el grupo que representa á sus hijos entretenidos en juegos infantiles.

El triunfo de las armas españolas en la gloriosa campaña de Africa, de que fué caudillo el general O'Donell, le celebró el duque de Fernán-Núñez abriendo un concurso para adquirir el mejor cuadro que representase la batalla de Tetuán, habiendo recaído la elección en una obra magnífica de Palmaroli.

Las fiestas del palacio de Cervellón han sido siempre notables, y se han unido á las alegrías y á las tristezas de la patria, como la kermese en que se recaudó una respetable suma para socorrer á las víctimas de los terremotos de Andalucía.

En aquellos salones han cantado los artistas más notables que han venido á Madrid; allí leyó el insigne actor Rafael Calvo los poemas de Núñez de Arce, y allí se unió siempre á la nota elegante la nota artística.

* * *

Consecuente con sus ideas liberales el duque de Fernán-Núñez y patriota antes que todo, no emigró como otros muchos aristócratas al triunfar la Revolución de Septiembre, y acató la voluntad de la nación, aunque viviendo en cierto apartamiento, hasta que sus vínculos con la casa de Saboya le llevaron á figurar en la corte del rey D. Amadeo, que le concedió el Toisón de Oro.



La duquesa de FERNÁN-NÚÑEZ

El cargo político más importante que el duque de Fernán-Núñez desempeñó fué el de embajador de España en Francia durante el reinado de D. Alfonso XII, siendo memorable su gestión por el tratado de Comercio que tantos beneficios proporcionó á los intereses españoles y que fué especialmente para los vinicultores un manantial de riqueza.

Después de esta embajada, el ilustre prócer vivió apartado de los negocios políticos y puede decirse que de la vida activa, consagrando su protección al fomento de la cría caballar, siendo uno de los principales sustentadores del *sport* hípico en Madrid, y atendiendo también al desarrollo de las bellas artes.

De su unión han quedado una hija y dos hijos: doña María del Rosario, que nació el año 1854 y casó en el de 1877 con el difunto duque de Alba y es madre del actual; D. Manuel, nacido en 1856, y que, como el mayor de los varones, es el heredero de los títulos y grandezas de la casa, llevando ac-

tualmente el de marqués de Mina y desempeñando el cargo de Montero Mayor de S. M.

El tercero es D. Felipe, nacido en 1859, marqués de Castell Moncayo y duque de Montellano.

Los hijos de los duques de Fernán-Núñez, siguiendo las corrientes en que fueron educados por su ilustre padre, cursaron en la Universidad de Madrid la carrera de Derecho, y han representado á su país en Cortes, figurando como diputados en el partido liberal, hasta que han ido á ocupar en el Senado el cargo que por derecho propio les corresponde.

El primogénito está casado con la bella hija del difunto conde de Xiquena, nieta por la línea materna del general don José de la Concha, marqués de la Habana, y dama que une á su belleza una gran inteligencia y un hermoso corazón.

Este matrimonio con sus preciosos hijos y la duquesa viuda del que fué el gentil y apuesto marqués de Almonacid ocupan el palacio de Cervellón, que no se ha vuelto á abrir para fiestas desde la muerte del duque, pero donde se sigue la caritativa tradición de la ilustre casa, repartiendo remedios y socorros á los pobres que llaman á su puerta.

J. G. ABASCAL.

MARGARITA

Sobre la tosca y bien fregada tabla de la larga mesa, humeaba la sopa dentro de los negros platos de tierra cocida.

Llegaron los trabajadores del campo y ocuparon sus puestos.

Blas, el colono, antes de sentarse, notó un vacío entre los suyos.

—¿Y Margarita?, preguntó bruscamente á su mujer.

—Enferma... Le duele el corazón... Pobrecita, ¡me da una pena!..

Sin duda al hablar así, con el acento muy triste, quería ablandar al marido. Este tenía un genio insoportable.

Medio engullendo, medio masticando, bostezó con ironía:

—¡La pobre! ¡Siempre enclenque!.. ¡Ya le daría yo, holgazana!..

Colóse un trago de vino y enjugándose rudamente los labios regañó de nuevo:

—¡El corazón, la cabeza!.. ¡Ah!.. ¡Y tienes tú la culpa; vaya si la tienes!.. Con tanto mimo la vais á perder. ¡La señora!.. Nunca hace nada. Llego á crearme que entre la baronesa y tú le habéis metido un orgullo tan grande en el cuerpo, que ya se avergüenza de su padre. Le doy ascó porque no me lavo las manos veinte veces al día como ella... ¡Como si trabajar la tierra fuese pecado!.. Me critica porque como así, con los brazos desnudos... Y no ve que lo hago únicamente porque me da la real gana y para que aprenda que su padre no hace nada que esté mal, ni puede hacerlo porque es su padre...

Blas se salía de tino, pegaba con el puño sobre la mesa, furioso.

Sus hijos se miraban satisfechos. Ambiciosos de la suerte de Margarita, á la que consideraban más feliz que ellos, se alegraban viendo trinar al padre.

No la comprendían. Con su color pálido y la eterna melancolía que entristecía infinitamente sus ojos azules y sus labios blanquecinos, no les daba lástima. En ella veían solamente á la mimada, la distinguida de siempre.

Le tenían unos celos atroces.

sombra de los naranjos de oro, ó bien sentada en la gran balsa leía ó cosía reposadamente.

Por esto gozaban en la creciente irritación de su padre, próxima á estallar de una manera ridícula.

La madre, con el santo propósito de calmar á su marido, intervino mansamente.

—Déjala estar, no le hagas caso... No ves que ella ha recibido una educación...

Blas la interrumpió enfurecido.

—¡Qué educación!.. ¡Con poco más nos tratas á todos de bestias!.. ¡Malditos libros! ¡Ah! Yo te juro que al primer día en que me canse, quemó esta dichosa biblioteca del barón... ¡En mala hora!..

—No maldigas más. Cálmate, por Dios...

—¡Mira, no me reprendas!.. Digo que la quemó y la quemaré... ¿Oyes?... Y á Margarita no la defiendas más... Calla, no me irrites, mujer. Ya estoy harto de cosas.

Aquí se levantó echando fuego como un condenado.

—¡Mando que baje Margarita! Quiero concluir de una vez.

—Está en cama. Sufre mucho...

—Digo que baje.

Margarita, como de costumbre, á media tarde fué á sentarse en la gran balsa de aguas dormidas.

Estaba más abismada que nunca. Sus ojos claros se fundían en las dos manchas grises de la gran tristeza que la consumía.

Había llorado mucho. Por los pliegues de su vestido sencillo y delicado brillaba aún alguna que otra de las perlas de sus lágrimas.

Quería á su padre y á sus hermanos como nunca podrían imaginarse. Y no obstante, Blas se portaba muy mal con ella. Casi la había pegado.

La pobre, después de sufrir el más bestial y desatemplado de los sermones, había servido de chacota ante los mozos de labranza, que volvieron á sus faenas sonriendo los unos y los otros rascándose, mohinos, como si lo sintieran.

La furiosa irritación del colono llevaba un fondo que él no revelaba, pero que todos conocían.

Sabía de sobra que Margarita le amaba, que cosía y recosía las ropas, lista, sin dar importancia al caso; que arreglaba las camas de todos y cepillaba los trajes de fiesta, pero todo esto no bastaba aún.

Blas pretendía disponer del porvenir de su hija: le había escogido un hombre que á pesar de ser algo estúpido era el primogénito de un rico labrador, y ella se había negado firmemente.

Era buena y no se vendía por nada. Era lo bastante fuerte de espíritu para no ceder. Debido sin duda á su temperamento refinado, creía en el amor de una manera ideal y desinteresada.

Era un carácter; nada de romántica ni de influida, lloraba puramente porque había razón.

Educada por la baronesa con el mismo cuidado que em-

please para su hijo, se había desarrollado en un ambiente refinado que nunca disfrutó su familia.

Amaba á Luis como si fuera su hermano, y la buena señora amoldaba en ellos su manera de ser, sus costumbres sencillas, sus ideas puras, para desarrollar sentimiento en sus tiernos corazones.



BRETONAS ENLUTADAS, cuadro de C. Cottet (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1903)

Antes, de pequeños, cuando la baronesa vivía con su hijo en la parte alta de la gran casa, Margarita se pasaba todo el día con ella. Jugaba con Luis, salían á paseo los tres, y la señora la colmaba de regalos y caricias como si fuera su madre.

Ellos, todo lo contrario; ayudaban forzosamente á su padre y concurrían al colegio como si hubieran de purgar alguna falta enorme.

Y era que la naturaleza había dotado á Margarita de un sentimiento y claridad exquisitos que no tenían ellos.

Luis, enfermizo y delicado por temperamento, no podía intimar con los rudos hermanos de su amiga. Sus juegos ruidosos y sus bromas pesadas le aturdían.

En cuanto al presente, los celos habían crecido considerablemente y rayaban en rencor.

Margarita, muy crecida, casi mujer, aunque poco



SAN FRANCISCO EN LAS DUNAS, tríptico de L. Frederic (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1903)

desarrollada, no hacía ningún trabajo pesado. Su madre no lo permitía; la veía tan débil.

Mientras ellos doblando el espinazo deshacían terrones en el gran huerto y regaban con su sudor los largos surcos que abrían en la tierra dura, ella, la señora, paseaba tranquilamente bajo la fresca

desarrollada, no hacía ningún trabajo pesado. Su madre no lo permitía; la veía tan débil.

Mientras ellos doblando el espinazo deshacían terrones en el gran huerto y regaban con su sudor los largos surcos que abrían en la tierra dura, ella, la señora, paseaba tranquilamente bajo la fresca

Esta manera de vivir, ese ambiente apacible que les envolvía continuamente, les crió reflexivos, buenos, sosegados.

Para doña Berta, tan maternal de sí, el amor de aquellos dos seres era un hermoso lenitivo á sus pesares.

Unida á la fuerza con un hombre superficial, mezquino de alma, vicioso, había sido una víctima, y aquel retiro, aquel completo abandono á la dulce pasividad del campo, le alegraba su existencia triste.

Luis tenía la naturaleza muy débil y los médicos habían aconsejado este régimen de vida.

El marido aprovechó la ocasión para aligerarse de la esposa, así es que la dejó escoger. Y ella, á los severos castillos del barón prefirió la gran casa de campo de sus padres, que sólo guardaba del antiguo castillo un pequeño trozo del piso superior y la vieja torre casi derruida, cuya gran base en el presente servía de granero.

Allí, libre de trabas sociales, olvidada del marido, que la visitaba muy de tarde en tarde, vió pasar siete años de su existencia, los más hermosos tal vez, abismada en un dulce ensueño, como si temiera despertar...

Y el despertar fué terrible: un día el padre quiso disponer del hijo para educarle á su voluntad.

Y madre é hijo, con lágrimas en los ojos, marcharon á hundirse otra



Huérfanas, cuadro de Teodoro Axentowicz

vez en la densa sombra de la ciudad odiada.

Margarita quedó sola, triste, aplastada por el burdo realismo de la vida de su casa...

Silenciosamente reseguía cien veces al día todas las dependencias de aquel piso que parecía una tumba y lloraba en cada una de ellas, como si fuera el alma quejumbrosa de un pasado feliz. Dolorosamente sacaba el polvo á todo aquel montón de juguetes y lo guardaba con devoción como si fueran reliquias... Sentábase frente á los grandes cristales del antiguo mirador y se abismaba clavando sus ojos azules en los dorados naranjos que brillaban bajo de un sol que ella encontraba enfermo.

— Buenas tardes... ¿La propiedad del barón?..

Margarita, absorta en la infinita vía de sus recuerdos, al oír una voz tan cerca de ella, cuando más sola se creía, tuvo un estremecimiento frío y volvió la cabeza con cierto espanto...

Y se quedó aturdida, sin saber qué hacer ni decir, temblorosa, helada.

Ante ella, sorprendido, como petrificado, estaba Luis, el hijo del barón.

Dominándose de la manera que pudo, perpleja, balbuciente, afirmó que sí, y su palidez de muerte se trocó en el rojo purísimo de las campesinas.

— Sí, señor; esta es.

Hubo un instante de silencio que pareció inacabable. Luis, al fin, cal-



En Venecia, cuadro de Richart

móse y dijo vivamente, emocionado por lejanos recuerdos:

— Corríamos, andábamos siempre juntos... Lo mío era suyo, lo suyo mío..., y... sin embargo..., ¡oh!, el tiempo..., el tiempo...

— ¿Ha pensado en mí?, preguntó débilmente Margarita sin alzar los ojos.

— ¡Pensar, pensar!.. Primeramente sí; pero más tarde, el colegio; luego, los estudios, la juventud, el bullicio de la ciudad, los amigos, todo, todo esto tejió sobre mi corazón como un velo que amortajara mi pasado... Mas la muerte de mi madre, la voluntad de hierro de mi padre, su carácter dominador, luchas y tristezas, han rasgado á menudo aquel velo, y entonces, cansado, decaído, me han sonreído lejanamente estos naranjos de oro...

— Los naranjos...

— Sí, los naranjos, continuó con cierta turbación; los naranjos, como si me brindaran una vida nueva rebotante de verdad..., como si el jugo de esta fruta fuese néctar de salud y de alegría...

Margarita estaba hermosa, magnífica; el sol muriente, pasando entre las verdes hojas de los frutales, le doraba la cabeza. La joven doblaba una punta del delantal sin parar atención en ello. Estaba fría otra vez, casi temblaba. Hacía diez años que no se habían visto. ¡Qué cambiados los dos!..

— ¿Ha sufrido mucho usted? Veo que allí, en la ciudad — hablando así, extendía la mirada á través de los huertos, — en la lejana ciudad, también se sufre...

— Se lucha con fiereza, con los dientes, perdiendo trozos de corazón, ahogando el alma... He sufrido mucho, mucho, lo indecible; yo me sentía artista, yo soy artista, y mi padre en sus trece; me quería matar con el demonio de la carrera. ¡La diplomacia, la diplomacia!.. Hasta que reñimos y trabajé sin descanso, con hambre de pan y con sed de gloria, pero al fin triunfol... ¡Ah, la ciudad, la ciudad!.. ¡La lucha, el eterno desgaste!.. Pero aquí, en estas tierras sin sombra, en este cielo de la vida espléndida, ¿también se sufre?..

— Sola, sin nadie que me comprenda, gente con grandes espaldas, llena de fuerza, pero vacía... Mis hermanos..., hasta mi padre... Suerte de mi madre que me ama mucho... El gran piso abandonado, silencioso como una tumba que guardara un ayer feliz, una vida difunta... El sol me parece enfermo, los campos grises..., los días interminables, monótonos, las noches frías, como si estuviera condenada á una eterna quietud... ¡Ah!.. No hablemos más... No es nada... Extravíos... No, no, vivo alegre, muy alegre; soy una dichosa campesina...

— Lloras, ¡qué bello es llorar!.. ¡No seques tus ojos, Margarita!.. ¡Sí, sí, Margarita, recuerdo perfectamente tu nombre!.. ¡Oh, Margarita, hermana! ¡Te hemos olvidado!.. Abreme el corazón, trátame de tú, como en aquellos tiempos que saltábamos los dos bajo los besos del sol y las risas del día, como entonces, igualmente que entonces, en que lo mío era tuyo y lo tuyo mío... ¡Margarita!..

— Margarita, repitió maquinalmente la joven.

Luego prosiguió en la más amarga tristeza:

— Pero Luis es un hombre, vive en la ciudad, pasará unos días en la casa de su infancia, y aquella infancia, aquella tierna fraternidad, está lejos, eternamente lejos...

— Pero... quedamos nosotros, los mismos...

— Los mismos: Luis, el hijo del barón; Margarita, la hija del colono...

— ¡Ah, no..., qué importal.. El barón es el barón, y el colono, el colono, como siempre... Como tú y yo, eso mismo, como tú y yo... Y yo me aburro, me muero, en la desolación de mi taller... Solo, sin familia, sin amor, sin nada, perdido por las calles y

gritos, de relinchos, de rodar de ómnibus, milores y landós, de campaneos de tranvías, de sacudidas de trallas y de cascabeleos de colleras. Son las tres, la muchedumbre se dirige á la corrida, é impulsada por la esperanza del próximo espectáculo, por el gozo que deja caer en el alma el domingo y por la inquietud de la digestión no respetada, asalta en tumulto los rípers que pasan despacio para poder ser tomados sin detenerse, y que,

una vez repletos de gente, se lanzan al galope tendido de sus cinco caballos, sin preocuparse los aurigas de obstáculos ni atropellos, ni menos de los guardias municipales montados, figuras decorativas, dioses impasibles con casco de aluminio, la sola misión de los cuales parece ser la de presidir el desfile. Obligados á seguir por sus rieles, como corceles impacientes sujetos por el freno, vuelan unos tras otros los «grises», sin cesar de tocar la campana de aviso; aquí y allá simones humildes al trote de sus jacos, última valentía andariega de las pobres bestias, adelantados de continuo por los coches propios, que ganan terreno gracias á los poderosos troncos jóvenes y bien mantenidos, y por los dos andenes de la amplia vía, riendo, hablando, sudando y pegando palos á las raquíticas acacias, á las columnas de los focos eléctricos, á los faroles, dos compactas hiladas de presurosa multitud que prefieren el paseo al carruaje y que se apresura temerosa de llegar con retraso.

La muchedumbre andarina es el pueblo, económico á la fuerza, los dependientes de comercio, los obreros de las fábricas, los artesanos que se gastan en un tendido la mitad del jornal que les dejó libres el vino del sábado, toda esa plebe entusiasta que sueña la semana entera con la lidia del domingo, que no sabe hablar de otra cosa en sus comidas al pie del andamio y que suspira por no poder vestir el traje de luces. Los más adinerados, los mesócratas, con el mismo fanatismo que los de abajo, la infinita clase media que no lee sino los periódicos y de éstos las revistas taurinas y los ecos

políticos, es la que va en la imperial de los ómnibus ó en las plataformas de los tranvías, con su puro en la boca y su apacibilidad de burgués pudiente que no se perdona satisfacción propia en el semblante. Y entre esas dos masas de gente, como notas sueltas, los relámpagos de la tormenta, las amapolas del trigal, ya el landó con tres ó cuatro damas de la aristocracia, rebosantes de rudo españolismo, envuelto el busto y la cabeza en la clásica mantilla blanca, cuajados de claveles el pecho y el pelo, ya el tñburi guiado por su noble dueño, cubierto de pavelo cordobés, sucesor, con una última y miserable etapa de decadencias de raza, del antiguo y honrado birrete, ya la carretela cargada con extranjeros de monóculo y gemelos de campo metidos en su estuche y colgados del hombro, que se disponen á estudiar nuestra fiesta típica y á escribir en su cuaderno de apuntes una de las páginas de mayor interés de su viaje.

Y de cuando en cuando, seguidos de todas las miradas, «comentados» por todos los ojos, ensalzados por todas las bocas, elogiados por todas las lenguas, abriéndose paso por su prestigio entre el tropel de coches que se estrechan según la calle se angosta, ufanos, altivos, orgullosos, radiantes, clavando sus pupilas de conquistador en el pueblo entusiasta que les rinde al paso el primer culto de la tarde, van ellos, los protagonistas, los héroes de la fiesta.



PRIMERA ADORACIÓN DEL NUEVO PAPA PÍO X POR LOS CARDENALES, inmediatamente después de su elección, dibujo de Amato

callejuelas húmedas de la ciudad sin sol..., y tú te mueres y te aburres en la desolación de este piso polvoriento y deshabitado... Sola, como si no tuvieras familia, sin amor, sin nada, perdida por los huertos, á través de los campos grises, porque los encuentras sin vida... ¡Ah, Margarita, alma de mi pasado y de mi presente, que deseaba, sin buscar por donde estabas; por algo florecen los árboles y cantan las flores y ríe paternalmente el sol, ciertamente por algo en la ciudad florece mi nombre!..

RAFAEL NOGUERAS OLLER.

COSTUMBRES MATRITENSES

TARDE DE TOROS

Á LAS TRES EN LA CALLE DE ALCALÁ

La claridad ofuscante de una inmensa colada de forja por cielo, y cayendo de lo alto, á través de un polvo luminoso de canícula, abrumadora lluvia de fuego que abate á los árboles y enardece, por el contrario, á las personas, llenándolas de sangre las ideas y haciéndolas desear el instante en que la vean brotar borboteante y bruñida por el sol. La calle de Alcalá, desde su manantial de la Puerta del Sol hasta su desembocadura en la plaza, es un estallido de

DIOSES MAYORES Y MENORES

Primero es un alguacil caballero en su potro del municipio, el único caballo afortunado de la fiesta, el único que entrará en la plaza alegre y caracoleante y el único que saldrá de ella caracoleante y alegre, vestido el jinete con el pintoresco traje de la décimoséptima centuria, con la ropilla de terciopelo y el sombrero de teja. Va despacio, erguido, ufano de su misión, mirando á derecha é izquierda como si dijera á las gentes: «¡Corred, corred; pero mientras yo nollegue con mi llave!..»

¿Qué chillona y agria figura es esa que se adelanta al trote? De lejos es algo incomprendible, monstruoso: cuatro patas de caballo y dos piernas de hombre, en un desleimiento de colorines que ofusca. Luego se define el fenómeno, la distancia acortada permite ver dos varones cabalgando sobre el mismo corcel, uno de ellos á las ancas. Es un picador con su mono sabio. Dudo que la musa de la sátira haya concebido nunca nada más grotesco y á la vez más lúgubre que ese grupo. El picador viste de amarillo y con la defensa de hierro de la tibia que le aumenta peso, va agarrotado y rígido, pareciendo hinchado; la altísima silla moruna que lo encajona concluye por transformarle en un autómeta. El mono sabio lleva sobre su canijo cuerpo gorra y blusa roja y unos pantalones azules, resaltando, como en el picador, entre esta horrible y desarmónica indumentaria, el continente achulado, la vista de topo, dormida y brutal, el rostro procaz propio del cerebro hueco, el aire de brutalidad triunfante y reverenciada, de la cual es primera víctima é inmediato testigo el inocente jaco enfermo que apenas puede sostener á sus dos feudales señores, y que dentro de treinta minutos, exhaustas las últimas fuerzas con que soportó á ambos verdugos desde la prima hora de la tarde, encontrará la muerte bajo el diluvio de palos descargado por uno de aquellos á quienes trajo, como indemnización á su fatiga.

Ahí va el trono ambulante, la triunfal carroza con los héroes. De pronto asoma á escape un landó de alquiler ó una jardinera, de las que brotan raudales de reflejos, en las que cabrilla la luz derramándose por bordados de oro y plata, quebrándose en sedas púrpura ó verde esmeralda. Son los matadores, los espadas, los símbolos invencibles de nuestra patria. Llevan la capa terciada, como es uso tradicional, mostrando así parte del traje, una cascada de resplandores. Unánime efervescencia se produce en la muchedumbre al presentarse. Diríase que la electricidad de los hilos de los tranvías y de los teléfonos ha sacudido repentinamente á la multitud. Todo el mundo se para al divisarlos, todo el mundo los contempla con embeleso. Un instante de enajenación mientras el carruaje pasa, la confluencia de los millares de miradas escoltándole hasta que se pierde de vista, los nombres de los espadas corriendo de boca en boca, algún saludo entusiasta y ostentoso brotado de entre la gente y contestado con una sonrisa olímpica y protectora y con un levantamiento peculiar del brazo, y luego la biografía de los toreros repetida entre los jadeos de la caminata ó el traquetear de los ómnibus, como un aperitivo succulento, mientras llega el instante cercano de extasiarse ante la muleta y el estoque de aquellos grandes

hombres, á quienes aunque se arroje de cuando en cuando una naranja en los momentos desgraciados en que la suerte salió mal, se adora y se agasaja con la devoción de los convencidos á su sacerdote, culto desigual, pero eterno, de todos los fanatismos.

Y henos aquí entre la riada de carruajes que se agolpa en montón á la puerta de la plaza, extendida ante el mudéjar frente de ladrillo del circo, corona-

los puños de la camisa, poseedora siempre de cincuenta duros «de sobra» para gastárselos en cuanto cierre la prendería ó el puesto, hasta la *creme* de los patios de vecindad que empeña el colchón para poder ir á la corrida, aunque á la noche no tengan las víctimas de la familia creada por él con qué cenar. Intercalados entre el pueblo diputados, concejales, empleados públicos, gentes de curia, bolsistas, comerciantes, el dinero de-

mócrata, la clase media pudiente. En los palcos, las damas, los aristócratas, mantillas y cuellos ingleses almidonados de los que atenazan el pescuezo, el gran mundo; pero dondequiera, arriba y abajo, en los asientos baratos como en los caros, el Madrid castizo de las tardes de toros, todo Madrid.

He ahí la cuadrilla que desfila bajo las miradas de ocho mil espectadores, bajo la lente de la maquina fotográfica que los extranjeros que asisten á la corrida disparan al golpe de oro de los diestros, bajo el entusiasmo general estallando en aplausos y olés. El pelotón de toreros da la vuelta al ruedo al compás del paso doble tocado por la banda; saludo á la presidencia, desgranamiento del grupo yéndose cada cual á su sitio estratégico, apartándose los lidiadores que no entran desde luego en faena, el alguacil que trotando acude en busca de la llave del toril, y al cabo la compuerta que se abre en medio de un silencio supremo y dos cuernos colosales, un testuz formidable y el primer bicho que asoma de repente, lanzándose como una exhalación á la arena.

Un toro, luego otro, otro luego, hasta ocho... Cada uno despacha cinco ó seis jacos. El contratista está desesperado. El grito terrible no cesa de atronar el aire: «¡Caballos! ¡Caballos!» Los monos sabios no se dan abasto á retirar pencos, á echar espuestas de arena sobre los charcos de sangre. El ganado hace honor á la marca, duro, poderoso, valiente, yéndose al bulto, derribando un picador de cada cornada. ¿Qué es eso? Un alarido general, un grito de espanto, señoras que se desma-

yan, extranjeros que se ponen de pie enristrando á escape la máquina... ¡Una cogida! El matador arrollado, herido, cayendo al suelo, la taleguilla destrozada, teñida de rojo, incorporándose en seguida, volviendo á rodar mientras que todos los compañeros acuden solícitos en su ayuda, socorriéndole unos y llevándose otros á la res hasta que se desploma para no volverse á levantar,

La cogida ha sido grave. Durante unos minutos, en medio de un absoluto silencio, nadie se entiende en el ruedo, hasta que al cabo cogen dos ó tres de los lidiadores al espada y se lo llevan en brazos á la enfermería, dejando un reguero de sangre á su paso. La impresión producida por el lance hace pasar como una racha de viento glacial sobre la multitud. En estas, una noticia que vuela de boca en boca y que despierta dondequiera unánime alegría. La lesión del torero no es mortal, los médicos afirman que no peligrá su vida, que el mayor de los riesgos es de la gran hemorragia sobrevinida por el sitio de la cornada, pero que la juventud se impondrá y que... Suena de nuevo el clarín, otro bicho, ¡buen par de banderillas!, momentáneo olvido de la reciente catástrofe, un jaco al suelo, otro y otro... ¡Vaya un ganado de poder!.. Segunda noticia transmitida con igual velocidad que la anterior. El espa-



I. Los conclavistas revistiendo al nuevo papa Pío X de los hábitos pontificios. - II. El cardenal Macchi anunciando la elección del cardenal Sarto desde la «loggia» exterior de San Pedro. - III. El papa Pío X bendiciendo por vez primera al pueblo desde la «loggia» interior de San Pedro, dibujo de Amato.

do allá arriba por la ondeante enseña nacional que también parece moverse con alegría. Penetremos entre la turba.

EN EL CIRCO

Lleno enorme. El estruendo de la muchedumbre apelmazada en un lugar cerrado y sujeta á permanecer en un mismo sitio, sin otra expansión que el revolverse de cada cual en su asiento y el chillar hasta enronquecer. Entre el inmenso griterío se oyen apagados ecos de música, en tal sazón una algarabía más, que brota de la meseta en que toca y se asfixia á la vez la banda de asilados. Todas las localidades de sol, abrasadas por el astro en la plenitud de su fuerza, hierven y humean sin verse las caras, ocultas por los sombreros muy echados hacia la frente y por los abanicos de colores que ondulan como amapolas en un día de aire. Compréndese que de allí surja el rayo, que allí se pidan para el toro las banderillas de fuego y la cárcel para el espada que lo haga mal, que desde allí se apedree á la cuadrilla con naranjas. Aquellas gradas, á la plena luz, son un alto horno que sólo se apaga con sangre.

En los tendidos de sombra la flor de los barrios bajos, desde la aristocracia del Rastro, de gruesa cadena de reloj y buenos gemelos de oro macizo en



LA MUERTE, TRÍPTICO DE HERMÁN NEUHAUSS

da quería á todo trance continuar la lidia, recobrar el estoque para matar los dos toros que le restan, los facultativos han tenido que incomodarse con él para impedirlo. ¡Es un hombre de una pieza ese demonio de *Clufero!*

LA VUELTA

La corrida terminó. Por todas las salidas del circo se escapa á raudales la gente. Coches de punto, ómnibus, rípers, carruajes propios, tranvías, agólpense en los alrededores en un entramado de caballos y ruedas que parece imposible que pueda deshacerse alguna vez, y que sin embargo, sin saberse por dónde los asaltantes pasan, es tomado por la muchedumbre. Y por docenas echan á correr los vehículos con sus racimos de personas en una carrera desenfrenada, como si hubiera un premio de velocidad para el que llegase antes á la Puerta del Sol. Así, persiguiéndose, dando tumbos, resoplando los tiros, jaleando al ganado los mayores, unos encima de otros desembocan por la puerta de Alcalá, entre dos macizos de curiosos, alineados en ambos andenes de la calle en espera de «la vuelta» de la corrida.

¡Quién dijo penas, ni desastres nacionales, ni miserias públicas, mientras haya lidias en el mundo! Todos los ómnibus van volcando su cargamento en la Puerta del Sol, y ni una de las caras de los que se apean deja de reflejar la alegría satisfecha. Los bichos bravísimos, pegando, la mar de caballos muertos, ¡hasta una cogida! ¡Ah! Madrid ha gozado con fruición de una buena tarde de toros. No necesita más. ¡Y hasta el domingo que viene, Dios mediante!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

NUESTROS GRABADOS

La catástrofe del Metropolitano de París.— En la tarde del día 10 de los corrientes ocurrió una espantosa catástrofe en la línea número 2 del Metropolitano de París.

Aunque los detalles de la misma han sido ya minuciosamente detallados por la prensa diaria, nos parece oportuno describir, bien que someramente, tan horrible suceso, algunas de cu-

en donde, como es de suponer, se desarrollaron desgarradoras escenas al ser reconocidos los muertos por sus familias. El entierro de tantos desdichados ha sido una grandiosa manifestación de duelo, que presidieron el gobierno y el ayuntamiento y á la que se asoció todo el pueblo de París.

grave solemnidad, ese aire de resignación que no puede alterar el dolor, por grande, por profundo que sea.

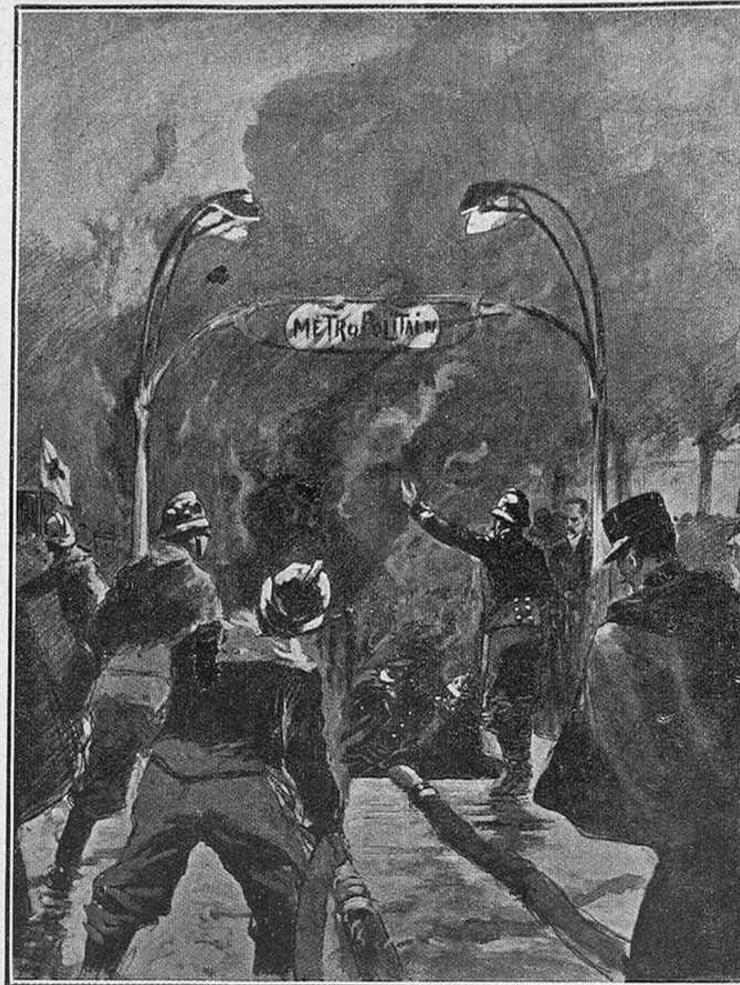
San Francisco en las dunas, tríptico de L. Frederic.—La vida del santo de Asís ha inspirado á los mejores artistas de todos los tiempos que en la accidentada existencia del fundador de la orden de los franciscanos han encontrado temas inagotables para sus composiciones. Refiere la tradición que San Francisco entendía el lenguaje de los animales y hablaba con ellos, y de esto ha tomado pie el reputado pintor parisiense para los tres lienzos que forman su bellissimo tríptico y que representan al santo predicando á los conejos, llamando á las vacas á la oración y saludado por los carneros. Felicísimo ha estado el autor en el desarrollo de estos tres asuntos: en todos ellos la figura de San Francisco está perfectamente tratada y se destaca sobre hermosos paisajes que revelan, lo propio que los grupos de animales de cada composición, un gran sentimiento artístico y un conocimiento extraordinario de la técnica.

Huérfanos, cuadro de Teodoro Axentowicz.—En otras ocasiones nos hemos ocupado de la asociación de artistas polacos denominada «Sztuka», palabra que significa «Arte»; en ella se han juntado pintores y escultores para hacer arte verdaderamente nacional, para crear una escuela que, marchando al compás de los progresos de las de otras naciones, tenga vida y caracteres propios. De esta asociación forma parte el autor de *Huérfanos*, que cultiva con preferencia el género sentimental, no en el sentido de exagerada afectación, sino en el de expresión de sentimientos tiernos, ya que para conmover emplea los medios más sencillos, dejando que el tema por sí solo produzca la emoción estética que en vano intentan despertar los que pintan más con la cabeza que con el corazón. El cuadro suyo que reproducimos es una prueba admirable de su modo de ser y de sentir; pero además revela la mano de un maestro por lo que toca á la ejecución.

En Venecia, cuadro de Richart.—Hay en este lienzo tantos y tan bellos detalles, que su enumeración resultaría imposible: si nos fijamos en las figuras, habremos de admirar la rara perfección con que cada una de ellas está pintada; si en el paisaje, nos extasiaremos contemplando esa arboleda que se refleja en las lípidas aguas, esa transparencia de la atmósfera y esa exuberancia de luz que en algunos puntos llega á deslumbrarnos; y si después de examinados los distintos elementos que entran en la composición, atendemos al conjunto de la misma, no podremos menos de alabar la armonía que en él preside y la habilidad con que el pintor ha sabido fundir líneas y colores en un todo de imponderable dulzura, de encantadora poesía.

El nuevo papa Pío X.—Como en el número último describimos minuciosamente los primeros actos del nuevo pontífice á que se refieren los dos dibujos que publicamos en las páginas 558 y 559, nada hemos de decir acerca de estas dos composiciones, en las cuales el reputado artista G. Amato nos presenta á los cardenales adorando á Pío X después de su elección, y revistiéndole de los hábitos pontificios, al cardenal Macchi anunciando al pueblo la elección del cardenal Sarto, y á S. S. dando su primera bendición papal al pueblo congregado en la basílica de San Pedro.

La Muerte, tríptico de Hermán Neuhaus.—Quiso la Muerte habérselas con el hombre vigoroso, sano, fuerte, y fué por él vencida; extenuada yacía en medio del campo, cuando acertó á pasar un bondadoso labriego que, compadeciéndose de su desgracia, acercó á su descarnada boca la reparadora bebida que había de devolverle las perdidas fuerzas. ¡Nunca hiciera tal el caritativo campesino! La Muerte, que no peca de agradecida, apenas recobrado su vigor, hizo presa en el salvador que la suerte le había deparado, y olvidando el beneficio recibido y sin hacer caso de las súplicas del desdichado, llevóselo arrastrando y con aire de triunfo á la mansión de donde jamás se vuelve. El celebrado pintor alemán, al desarrollar este tema en la obra que reproducimos, se ha mostrado á la altura de su fama, tan legítimamente adquirida y sin cesar aumentada desde que en 1886 y cuando sólo contaba veintidós años, llamó la atención de la crítica y del público en general con su hermoso lienzo *Ave María*: cada una de las composiciones que constituyen el tríptico revela el talento de un maestro; en todas ellas se admiran la firmeza del dibujo, la solidez del colorido, la sobriedad y sobre todo ese ambiente tétrico que tan bien cuadra con la índole del asunto.



PARÍS. — LA CATÁSTROFE DEL METROPOLITANO. — Los bomberos penetrando en el interior del túnel

Vendedora de uvas, cuadro de J. Darca.—No se necesita para producir un efecto pictórico recurrir á la reproducción de ilustres personajes, si de figuras se trata, ni á la de escenas trascendentales, si la composición pertenece á la pintura de costumbres. El tipo más insignificante, el episodio más sencillo pueden dar ocasión al artista para lucir, así su talento de observación, como sus conocimientos técnicos: basta para ello que se identifique bien con el tema que se proponga desarrollar, que lo observe profundamente, que desentrañe lo que constituye el alma de las personas y la esencia de las cosas, y que sinceramente traslade al lienzo la impresión sentida, sin alterarla con rebuscados artificios. Tal ha hecho el autor de *Vendedora de uvas*, limitándose á copiar á esa simpática vieja, en la que no vemos al modelo de taller de aspecto amanerado y afectada postura, sino al modelo natural y verdadero, es decir, al que ha sido sorprendido por el artista en su vida corriente, en pleno ejercicio de su ordinaria actividad. Aparte de este mérito, tiene el cuadro de la belleza de la obra.

Bretonas enlutadas, cuadro de C. Cotter.—En las obras de este notable pintor francés revive toda el alma melancólica y resignada de la Bretaña. Bajo la pesadumbre de los cielos grises que reflejan lo infinito de su espacio en la inmensidad del mar, y teniendo delante el vasto horizonte de los extensos y desnudos eriales, en el umbral de las casas bajas y sólidas, de construcción á propósito para resistir á las ráfagas violentas de los vientos del Oeste, las mujeres bretonas, envueltas en sus negras vestiduras, esperan, que en esperar siempre consiste la vida de las madres, de las esposas, de las hijas de los marinos. Hasta en aquellos casos en que toda esperanza es inútil, cuando el hijo, el esposo, el padre han desaparecido para siempre devorados por el mar, que se cobra en sus existencias los tesoros que de continuo el hombre le arrebató, aquellas mujeres permanecen impasibles en las mismas actitudes, pues desde su infancia están preparadas por atavismo á la desgracia. La idea de la muerte ha impreso en sus rostros esa



PARÍS. — LA CATÁSTROFE DEL METROPOLITANO. — Fuerzas de policía apostadas á la entrada de la estación de Colombes (de fotografía)

yas escenas reproducen los grabados de esta página. Habiendo observado el maquinista del tren 43 que en su motor se había producido una avería, los empleados hicieron evacuar el convoy y pidieron á la estación precedente que enviara otro tren sin pasajeros para empujar á aquél hasta el próximo *garage*. Así se hizo, y cuando los dos trenes llegaban á los andenes de la estación de Menilmontant, sonó una violenta detonación y una enorme llamarada salida de la máquina se extendió por los vagones, que ardieron con extraordinaria rapidez. Por desgracia un tercer tren que seguía á los dos primeros y que había recogido á los pasajeros de éstos llegaba en aquel instante á la estación de Couronnes, que es la que precede á la de Menilmontant. Advertidos del accidente ocurrido, los empleados dieron voces de alarma que no fueron atendidas por los viajeros, los cuales molestados por las anteriores detenciones, en vez de huir, como aquéllos desesperadamente les aconsejaban, comenzaron á protestar de las deficiencias del servicio y á reclamar los 15 céntimos del pasaje. De pronto una inmensa columna de espeso humo invadió el túnel, y en el mismo momento quedóse éste á oscuras por haberse interrumpido la corriente eléctrica. Imposible describir la escena de horrores que entonces se desarrolló: la gente, aterrada, quiso buscar la escalera de salida; pero equivocando la dirección, fué á dar contra la pared en donde se encontraron luego más de 70 cadáveres amontonados y todos en actitudes de desesperación. La densidad del humo y el calor horrible impidieron proceder en seguida á las operaciones de salvamento; así es que cuando éstas pudieron efectuarse era ya tarde para aminorar siquiera los efectos de la catástrofe. Las víctimas ocasionadas por ésta ascienden á 92, en su casi totalidad obreros y dependientes de comercio que regresaban de su trabajo; los cadáveres fueron depositados unos en la Morgue y otros en el cuartel de la Cité,

Darca una factura sobria, y correcta que contribuye no poco á la belleza de la obra.

Bretonas enlutadas, cuadro de C. Cotter.—En las obras de este notable pintor francés revive toda el alma melancólica y resignada de la Bretaña. Bajo la pesadumbre de



PARÍS. — LA CATÁSTROFE DEL METROPOLITANO. — Conducción de algunas de las víctimas al cuartel de la Cité (de fotografía)



... y encontró á la joven de rodillas en el suelo

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

- ¿Quiere usted saber la historia de la señorita Goreline durante la ausencia de usted?, dijo el príncipe Armianof. Todo Moscou la sabe y nadie encuentra en ella nada censurable, tan naturales son estas cosas entre muchachas pobres y ambiciosas. Cuando usted se marchó, la cortejaba un joven propietario, que no tardó en retirarse al ver el lujo á que la señora Goreline acostumbraba á su hija; luego tocóle el turno á un alto empleado, y á éste creo yo que fué la madre la que le dió miedo; vino después un coronel, luego un juez de paz y finalmente muchos otros. A cada pretendiente, la señora Goreline declaraba en confianza á media docena de amigas que su hija estaba «prometida,» cuando ni siquiera habían pedido su mano; la cosa se propalaba, y el pretendiente, descontento de aquel proceder, se retiraba, y esto ha durado hasta la hora presente. ¿Cómo se explica que á pesar de su innegable belleza y en medio de ese tributo de homenajes, la señorita Goreline no haya sentido ni inspirado un amor serio? Usted mismo, que tanto la ha amado, se ha interesado más con la cabeza que con el corazón. Y la razón de todo esto está en que Lidia no tiene corazón; tiene, á lo sumo, una sensibilidad nerviosa que puede hacer las veces de aquél en un momento dado. ¡Cuando pienso que, á no haber sido por usted, probablemente me habría casado con ella! Puedo vanagloriarme de haberme librado de una buena.

Boris seguía silencioso.

- No puede usted comprender un carácter semejante. ¿Le repugna á usted la idea de que una mujer como la que acabo de describir haya hecho latir su corazón? ¡Ay, amigo mío! No es á ella á quien usted amó; el amor mismo con sus dulzuras y sus penas; su belleza, verdaderamente irresistible entonces, cuando tenía diez y siete ó diez y ocho años; la primavera, la edad de usted y sus nobles sentimientos, todo esto le engañaba y todo esto era lo que usted amaba. Ella creyó amarle, y después de todo no era tan culpable; sus diez y siete años eran cómplices de su mentira; amaba el amor de usted. Si usted hubiese podido robarla y secuestrarla de la sociedad,

tal vez habría sido, como ya le he dicho, una buena esposa. Pero dé usted gracias al cielo, como yo se las doy, por no haberse casado con ella, porque tiene usted delante de sí un hermoso porvenir, es usted ya conocido y será usted célebre; la fortuna le tiende sus brazos y será usted amado... y esta vez lo será como merece serlo.

Boris movió la cabeza; la idea del amor le daba miedo; todavía no se sentía con fuerzas para volver á sufrir.

- Ya lo verá usted, dijo Armianof contestando á esa negación muda; no le digo que sea mañana, pues tiene usted necesidad de reposo; pero, créame, esta mujer, esta muñeca, no merece que se la tome por una realidad. Algún día encontrará usted, como yo, una joven de corazón honrado que cifrará su dicha en darle su vida, y se casará usted con ella.

- ¿Se casará usted?, preguntó Boris sorprendido.

- Me casaré antes de terminar el año, contestó Armianof con sonrisa de alegría; hago lo que se llama un mal casamiento; me caso con la hija de un profesor, y espero que seremos completamente dichosos.

- Se lo deseo desde el fondo de mi corazón, dijo Boris conmovido y estrechándole la mano.

Los dos amigos regresaron silenciosamente á la casa y al día siguiente se separaron; pero desde aquel momento había entre los dos un lazo de confianza que nada era capaz de romper.

XXIX

Al verano sucedió el invierno y á éste la primavera, y así pasaron dos años. Boris era cada vez más conocido y apreciado, y sus trabajos, continuos y concienzudos, le habían valido una reputación en todo el imperio y le habían dado distinciones, de que tenía buen cuidado de no enorgullecerse.

Su vida era muy parecida á la que había llevado durante el invierno de prueba en que perdiera á su madre; su casa era la misma; no había aumentado su servidumbre, y exceptuando los momentos que

consagraba á algunas relaciones sociales, nada interrumpía su trabajo solitario, que había llegado á ser para él la esencia misma de la vida.

Muchas revistas y algunos diarios publicaban frecuentemente artículos suyos, y alguna vez podía ser útil á los principiantes haciendo conocer sus obras y esto bastaba á su ambición y á su dicha.

Pasando el verano en Grebova y el invierno en Moscou, sumido en sus estudios bajo la apacible claridad de la lámpara y en la atmósfera igual de su habitación bien cerrada; con tal de que todo estuviera en su sitio y de que sus ojos encontraran el aspecto querido y familiar de todos los días, ¿qué más podía pedir?

En la sociedad intelectual en que aparecía de vez en cuando, las jóvenes seguían con la mirada su alta estatura, su andar viril y su rostro franco y serio. Las madres de familia, después de haber tomado informes de su fortuna y posición, le invitaban á visitarlas, cuando quisiera, «sin cumplidos, pues siempre estaban en casa.» Boris se inclinaba, hacía á veces una visita y no volvía á parecer por allí. Más de una vez le habían propuesto que se casara, pero siempre en vano.

- Está enamorado de su trabajo, decían las casamenteras moviendo la cabeza desesperanzadas. No sacaremos nada de él.

En efecto, estaba enamorado de su trabajo y también de su vida dulce y apacible. La idea de introducir un elemento nuevo en aquel hogar modesto, casi pobre en su sencillez, le inspiraba una especie de terror, porque cualquier cambio había de destruir la suave armonía de su existencia.

- Mi hora no ha llegado todavía, pensaba algunas veces reflexionando acerca de los motivos que le habían hecho rehusar tal ó cual matrimonio. No he nacido para amar.

Otras veces pensaba que la ocasión había ya pasado y que no volvería.

En algunas ocasiones sentíase invadido por cierta melancolía al pensar que no tenía aún treinta años y que su juventud había sido un continuo dolor; pero luego reconciliábale con la vida la idea del tra-

bajo respetado y triunfante que de todo consuela y jamás engaña.

«Es un joven sabio,» decían unos; «quizá no es más que un resignado,» pensaban otros; y todos tenían razón.

Aquel aspecto familiar de su casa que tanto deleitaba a Boris, no era sólo el de los objetos materiales.

Desde hacía mucho tiempo, Sonia sabía leer y escribir, y bajo la dirección del joven, había aprendido pronto los elementos de cálculo necesarios a una ama de gobierno; pero esto no había bastado a su profesor, el cual quiso que, cuando llegaba la noche, cuando la casa estaba arreglada y reparado el desorden del día, la discípula dócil leyera a su lado a fin de que pudiera interrogarle cuando tuviese alguna duda. Apenas la miraba, y ella no hacía ruido a no ser cuando, con voz dulce y aun de propósito moderada, le dirigía alguna pregunta tímida.

Boris le contestaba con una palabra, las más de las veces sin levantar la cabeza, y ella con otra palabra le daba las gracias; y volvía a reinar el silencio en aquel hogar apacible.

Durante aquel tiempo la muchacha había leído mucho y había aprovechado sus lecturas. Ni una novela había pasado por sus manos, pues Boris no quería tenerlas en su casa; pero la historia y la ciencia elemental habían formado poco a poco aquel espíritu investigador y austero.

Por otra parte, apenas parecía haber vivido durante aquellos tres últimos años; había crecido algo, pero su tez pálida y la boca severa eran iguales que antes. Reía menos, pero continuaba despachando siempre sus quehaceres con destreza y actividad, y sin que nadie, ni ella misma, pareciera darse cuenta de ello.

Al principiar el cuarto año después de su vuelta del extranjero, Boris recibió una carta de su antiguo protector. En el momento en que acababa de entregar a la imprenta una obra capital, en cuya redacción había trabajado mucho Boris, el filólogo había tenido un ataque de gota y se hallaba por lo mismo imposibilitado de corregir las pruebas.

En su consecuencia, rogaba a Boris que fuese algunas semanas a San Petersburgo para substituirle hasta su restablecimiento.

El joven partió en seguida, dejando a Sonia al cuidado de su habitación.

Los días transcurrían tardos y pesados para la huérfana ahora que no tenía que esperar cada día la vuelta del amo y que en el gabinete de estudio no se oía ningún ruido, y llegaba a la noche sin haber pronunciado una palabra siquiera.

No veía a nadie más que a los proveedores, que apenas conocían más que su cara porque la muchacha no les hablaba nunca cuando estaba allí Boris para contestarles.

Hasta entonces había vivido siendo callada por temperamento, huraña por costumbre; pensando que siempre estaría en compañía de su amo. ¡Y ahora éste se había marchado!

Ya volvería; de cuando en cuando escribía, y Sonia leía y releía cien veces su carta para asegurarse de que no olvidaba ningún encargo. Pero la pobre muchacha sentía una horrible tristeza cuando al llegar la hora de la comida se ponía a preparar la lámpara, que le parecía inútil estando el amo ausente.

Y sin embargo, la encendía, la colocaba sobre la mesa del despacho y se ponía a leer como si Boris estuviera a su lado. Pero a menudo dejaba caer el libro; la soledad que antes tanto le agradara, dábale miedo ahora, y cuando esto le sucedía, echábase un pañuelo a la cabeza y corría a la iglesia próxima en busca de un refugio; terminados los rezos nocturnos, regresaba a pasos precipitados como si esperara encontrar en casa a Boris, de regreso mientras ella había estado ausente.

¡Pero nada! La lámpara ardía tranquilamente delante de las estampas, y ella lloraba a veces hasta media noche esperando a su amo, y con él la vida y la luz que se había llevado.

En tanto que duró la ausencia de Boris, recibió Sonia dos visitas. Una de ellas fué la del príncipe Armianof que, habiendo pasado unas horas en Moscú, no quiso marcharse sin ver a su amigo.

A la vista de aquella joven esbelta y agraciada que le abrió la puerta, el príncipe no pudo contener un gesto de sorpresa, pues no reconoció a Sonia; la muchacha había crecido mucho; su traje oscuro, de tela ordinaria, dibujaba sus pliegues austeros en torno de su cuerpo gracioso; sus manos, aunque curtidas, eran de bien proporcionada forma y estaban cuidadas con esmero; un pequeño cuello blanco marcaba la línea de su garganta y de su nuca bajo la opulenta masa de cabellos castaños que le hacía doblar la cabeza.

— Dispense usted, señora, dijo el príncipe deteniéndose en el umbral de la puerta. ¿El Sr. Grebof?

— Mi amo está en San Petersburgo, Alteza, respondió la joven, y aún tardará unos días en volver.

Al oír el timbre de la voz grave y algo velada, Armianof reconoció a la buscadora de pipas.

— ¿Es usted, Sonia?, exclamó, suprimiendo el tuteo que siempre le había dado. No la habría reconocido.

El rostro de la muchacha, iluminado por una ligera sonrisa llena de dignidad femenina, recobró la seriedad de sus facciones mientras daba al príncipe las señas de Boris. Armianof retiróse pensativo formulándose mentalmente multitud de preguntas que pronto renunció a resolver por sí solo.

La segunda visita fué menos del agrado de Sonia. Estaba una tarde sentada en el suelo, según su costumbre, leyendo con avidez, cuando oyó el sonido de la campanilla violentamente agitada. Tiró el libro sobre la mesa del salón y corrió a abrir la puerta.

Las que llamaban eran dos señoras vestidas de medio luto, con trajes de seda ajados, abrigos de terciopelo raído, guantes zurcidos; todo en su aspecto denotaba la estrechez que gusta de aparentar galas. Con una sola mirada, Sonia, que nada conocía sin embargo del mundo, comprendió la distancia que separaba el pasado del presente de aquellas dos señoras, que eran la generala Goreline y su hija, muy envejecidas ambas.

En tanto que se informaban de Boris, sus miradas escudriñaban a la camarera y Lidia la reconoció.

— Mira, mamá, dijo sin cortarse, ésta es aquella niña que tú echaste de casa y que se llevó el señor Grebof.

— No puede ser, repuso la señora Goreline, que no había vuelto a ver a la huérfana desde aquel día nefasto.

— Te digo que sí. ¿Verdad, Sonia?

— Sí, señorita.

La buscadora de pipas levantó los ojos, que se encontraron con los duros y burlones de Lidia.

— Veo que ha mejorado tu suerte, añadió ésta examinando el traje modesto y aseado de la niña. Tu amo no te deja carecer de nada.

— No, señora, es un buen amo, respondió Sonia con el mismo aplomo.

Boris, en efecto, era para ella un buen amo, y en sus relaciones no veía la muchacha ninguna malicia.

— ¡Has tenido suerte!, añadió Lidia con acritud. Eras muy fea antes; lo que no quiere decir que ahora seas bonita...

— En cuestión de gustos no hay nada escrito, dijo la señora Goreline con intención conciliadora. Vámonos, Lidia, volveremos otro día. ¿Cuándo dices que volverá el Sr. Grebof?

— Dentro de dos meses probablemente, contestó Sonia siempre impasible, como la personificación del mismo candor.

— Bien; ya volveremos. Adiós.

En cuanto se hubieron marchado, Sonia pensó para su capote que aquellas dos señoras eran muy impertinentes, pero que había hecho bien no contestando lo que se le ocurrió; y después de esto se enfrascó de nuevo en la lectura que tanto le gustaba.

XXV

Terminado su trabajo, Boris volvió a Moscú. Antes de regresar a su casa había estado en Grebova; pero la falta de caballos le había detenido y se había retardado unos cuantos días.

Era más de media noche cuando llegó a las colinas que se alzan alrededor de la ciudad santa; sólo algunas luces diseminadas indicaban el inmenso espacio que ésta ocupa; los arrabales silenciosos parecían grandes aldeas. Sus caballos, fatigados por una carrera de treinta kilómetros, avanzaban trabajosamente por la nieve medio derretida de fines de marzo; pero Boris, a fuerza de ver alejarse la esperanza de llegar pronto, había acabado por resignarse con aquella marcha lenta.

Al fin, las casas se agruparon en masas más apretadas y las iglesias aparecieron más próximas; estaba ya en la ciudad y media hora después estaría en su casa, en donde no le esperaban.

«¡Qué sorpresa tendrá Sonia!», pensó sonriendo. En su concepto, sorpresa y contento eran en aquel caso una misma cosa.

Sólo la débil claridad de las lámparas se filtraba al través de la iglesia inmediata a su vivienda.

«¡Las dos!, se decía consultando el reloj. Es muy tarde ó muy temprano para llegar. Pero, en fin, ya estoy en mi casa; no importa.»

El portero, medio dormido, le abrió lentamente la gran puerta cochera, y Boris, después de haber des-

pedido el trineo y con la maleta en la mano, subió rápidamente la escalera y llamó, primero suavemente, para no asustar a Sonia, y después un poco más fuerte.

Detrás de la puerta, sintió que se acercaban corriendo unos pies desnudos, y una voz suave y temblorosa gritó:

— ¿Quién va?

— Soy yo, Sonia. Boris Grebof. Acabo de llegar, ábreme.

Un débil grito de alegría le contestó; giró la llave, la puerta se abrió de par en par y Sonia apareció llevando una pequeña lámpara en la mano.

Larga camisa, de gruesa tela, la cubría desde el nacimiento del cuello hasta los pies; un chal rojo puesto desde la cabeza caía sobre sus hombros, y sus largas trenzas, medio deshechas, rodaban aquí y allá hasta sus rodillas.

— ¡Amo, amo! ¿Es usted?, exclamó con alegría y apresurándose a cerrar la puerta.

Boris la miraba casi sin reconocerla.

¿Era aquella la misma Sonia que había dejado algunos meses antes, delgaducha y delicada? Sus ojos brillaban de alegría y quizá de un poco de fiebre, pues la sorpresa había comunicado un temblor a todos sus miembros; su tez, animada por la alegría, habíase teñido de color de rosa, los labios rojos sonreían, y aquel talle elegante, aquellos brazos redondos..., ¿era verdaderamente Sonia?

Poco se figuraba ésta el efecto que aquel cambio producía en su amo; ni siquiera se acordaba de la sencillez de su traje, y el frío tuvo que recordarle que la tela de su camisa no bastaba para cubrir sus carnes. Corrió a vestirse y luego volvió para arreglar cuanto fuera necesario a Boris, y muy pronto la tetera hirvió sobre la mesa.

— Siéntate ahí; tomemos el te juntos, dijo Boris. Estás temblando de frío.

— Es de placer, amo mío. ¡Oh, cuánto le he esperado a usted!

Y los ojos brillantes de Sonia parecían reír al mismo tiempo que sus labios.

— ¿Tenías, pues, muchas ganas de verme?, preguntó Boris, contento de aquella alegría de la joven.

— ¡Ya lo creo! Todo me parecía tan triste sin usted...

— ¿Y qué has hecho para pasar el tiempo?

— Me he hecho un vestido y luego he leído... ¡Todo esto!

Y con la mano indicaba un montón de libros que estaban sobre una mesita puesta en un rincón.

— He colocado trocitos de papel en los páfarros que no entendía, y me los explicará usted, ¿no es verdad, amo mío?

Y sus ojos seguían despidiendo aquella mirada llena de alegría y de confianza que iba a buscar las respuestas en el fondo del corazón de Boris.

— Te explicaré todo lo que quieras, dijo éste después de un momento de silencio. Entretanto, te aseguro que tengo muchas ganas de dormir.

— ¡Y yo que no me acordaba de ello!, dijo Sonia.

En un momento la cama quedó arreglada, y Sonia, retirándose, dijo, como de costumbre, desde el umbral de la puerta:

— Buenas noches, amo mío. ¿Necesita usted algo? ¡Cuánta dulzura en aquel timbre medio velado!

Aquello era ya una voz de mujer y no la de una niña.

— No, gracias, nada, contestó Boris sintiendo una nueva preocupación.

Sonia desapareció, y el joven quedó pensando si había soñado la transformación que se había operado en ella.

Y es que, sin darse cuenta, parecía haberse imaginado que aquella muchacha siempre sería el ser enfermizo y débil que arrancó de las manos de la generala.

De repente, parecida a aquellas plantas de río de las que brotan hojas y flores en una sola noche y que se ostentan orgullosas sobre las aguas, la niña se había convertido en mujer, y ¡qué mujer!, graciosa y digna, casta y atractiva a la vez y coqueta, sin que se diera de ello cuenta, con su sonrisa y con sus ojos magníficos. He aquí que, en vez de una criaduela enteca y pequeña, tenía bajo su techo una joven en el completo desarrollo de sus diez y ocho años. ¿Qué iba a hacer de ella?

Aquí la meditación de Boris se detenía, porque no hallaba a aquella pregunta ninguna respuesta ni en su corazón ni en su cabeza. Dejar de ver a Sonia le parecía imposible, pues formaba parte de su hogar doméstico.

Y en tanto que continuaba pensativo, sin acordarse siquiera del sueño, una vibración sonora y prolongada hizo estremecer toda la casa.

— ¡El primer toque de maitines!, exclamó Boris levantándose. ¡Las cuatro ya!

Otra vibración más débil respondió á lo lejos y luego otras muchas; reinó en seguida el silencio, y un instante después, las campanas dieron ese fúnebre toque propio de la cuaresma, tan extraño y tan solemne que nadie que lo ha oído una vez puede olvidarlo.

Este grandioso lamento era el que Boris escuchaba desde su ventana, aplicando el oído al desierto espacio.

Las pequeñas campanas resonaban una tras otra, como lágrimas discretas y aisladas, y luego doblaban todas juntas como en una queja lúgubre y desesperada. Por el Norte, por el Sur, por la derecha, por la izquierda, por todos los puntos del horizonte se escuchaba aquel fúnebre llamamiento, y las tres mil campanas de Moscou respondían vibrando como una gigantesca arpa eólica.

Una melodía extraña, incomprensible, compuesta de notas sueltas, volaba de uno á otro campanario, recogiendo aquí y allí, á su paso, un acorde raro, una sarta de arpegios parecida á un collar de perlas desgranadas en un escudo de bronce. Luego algunas notas fugitivas, después un acorde solemne, clamor de almas en pena que flotaba en aquella noche de húmeda niebla sobre un suelo movedizo de nieve espesa y medio derretida.

Fuera, en las tinieblas casi palpables, no se escuchaba otro ruido que esta lamentación caprichosa, pero acompasada.

Aquel inmenso campaneó que aisladamente, en cada campanario, habría sido fúnebre, despertaba la confianza y hasta una especie de alegría grave; la armoniosa solidaridad de todas sus vibraciones infundía en el alma del soñador cierto vago sentimiento de vida, de seguridad, de asociación. Y para un poeta, ¡cuánta armonía! No es más grandiosa ni más solemne la del viento al azotar las altas selvas por el hombre respetadas.

Boris escuchó hasta el momento en que poco á poco las vibraciones se extinguieron; un campanario lejano continuó todavía por algunos instantes enviando sus llamamientos al cielo obscuro; después, todo quedó en silencio. Solo el ruido de las gotas de agua que caían del tejado sobre la nieve derretida de la calle animaba aquella soledad. Una ráfaga de aire tibio, precursor de la primavera, azotó el rostro de Boris, que se sintió de repente invadido por una emoción placentera.

— ¡El fin de la Cuaresma!, pensó; dentro de poco Pascua, luego la primavera... Y mi nombre que se halla impreso en ese libro, junto al de mi sabio amigo. ¿Tendré al mismo tiempo nombre y fortuna?

Se acostó lleno de esperanzas diversas y se durmió en seguida.

Era muy tarde cuando se despertó; la ventolera de la noche había despejado la bruma, y un alegre sol fundía la nieve de los tejados, que caía en torrentes de brillantes gotitas. Una mano discreta daba golpecitos en la puerta.

— ¿Quién es?, gritó Boris todavía medio dormido.

— Soy yo, señor. Son las doce. ¿No quiere usted almorzar?

— ¿Tan tarde es?, contestó el joven frotándose los ojos; ya voy á la mesa.

En un momento estuvo listo y abrió la puerta del saloncito que servía de comedor.

Los blancos manteles, los platos relucientes, el jarro de cristal brillante, donde se quebraban los rayos de sol, tamizados por las verdes hojas de las plantas que trepaban por las ventanas, todo eso tenía un aspecto tan sano y tan alegre, que el verlo causó gran placer á Boris.

Lanzó un suspiro de satisfacción al sentarse ante su plato vacío; volvía á encontrarse en su hogar, y qué palacio, por suntuoso que sea, puede compararse con la modesta vivienda en la que somos los amos y en la que cada objeto nos pertenece y nos da la bienvenida?

— ¡No se impacienta usted, señor; ya voy!, dijo la voz de Sonia detrás de la puerta.

Y casi al mismo tiempo que decía esto, aparecía trayendo una fuente humeante, cuyo vapor rodeaba su cabeza como un nimbo flotante.

— Buenos días, amo, dijo dejando la fuente sobre la mesa é inclinando la cabeza profundamente, á la usanza rusa.

Luego se quedó de pie delante del joven, dispuesta á servirle.

Boris encontró su clara mirada, llena de bondad, que le hacía pensar en su madre.

— Coma usted, señor; espero que la comida estará bien y debe usted tener hambre.

Sí que la tenía Boris; pero no podía apartar su mirada de aquel blanco cuello, de aquellas gruesas trenzas, de aquel traje modesto y severo y de aquella muñeca delicada que salía de la manga un poco doblada para facilitar los movimientos.

— Sonia, ¿qué edad tiene usted?, preguntó mientras le servía.

Aquel *usted* sorprendió á la joven, no acostumbraba á tal tratamiento.

— ¿Os he ofendido?, murmuró confusa.

— No, contestó Boris ruborizándose ligeramente; ha sido una distracción ¿Qué edad tienes?



Sonia apareció llevando una pequeña lámpara en la mano

— No lo sé á punto fijo, exclamó, ya tranquilizada; debo tener diez y siete ó diez y ocho años. ¿Por qué?

— Para saberlo, dijo Boris.

Y el caso es que no sabía por qué lo había preguntado.

— Han venido visitas mientras ha estado usted ausente, repuso la muchacha, viendo que no decía nada; el príncipe Armianof.

— ¡Ya lo sé!, me lo ha escrito, contestó Boris comiendo con buen apetito.

Sonia citó algunos otros visitantes, y por último y con cierta vacilación pronunció el nombre de las señoras Goreline.

— ¿Goreline?, dijo Boris, con un movimiento de sorpresa. ¿Estás segura de que eran ellas?

— Sí, sí, estoy segura. Iban las dos vestidas de negro y no muy ricamente por cierto.

— ¡Ah!, exclamó Boris quedando un momento pensativo. ¿Y no te han dicho lo que querían?

— No; volverán.

Grebof continuó reflexionando durante un instante, y luego, empezó á comer otra vez, como decidido á no interrumpirse más. Sonia, que le seguía con la vista, quedóse admirada de la alegría interior que sentía, al ver cómo su amo volvía á recrearse con su obra maestra culinaria.

— ¿Está bueno, amo?, preguntó con afán.

— Excelente. ¿Y tú, no comes?

— Después, cuando usted haya acabado.

Boris miró las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de felicidad que le examinaban sin malicia alguna y sin atreverse á decir lo que tenía en la punta de la lengua, y acabó de almorzar en silencio.

Cuando se levantó, Sonia apresuróse á quitar la mesa.

— ¡Deja eso!, dijo Grebof, con un dejo de impaciencia.

Sonia le miró algo extrañada.

— ¿Acaso eres tú quien ha de hacer?..

Y se detuvo, no sabiendo lo que iba á decir.

— ¡Ah, señor!, ¿quién nos serviría entonces?, exclamó Sonia sonriendo más con los ojos que con los labios. Me ha tomado usted para servirle, y si todo no lo tenía puesto en orden, me echaría usted de su casa.

Y seguía riendo mientras iba y venía del comedor á la cocina.

— ¡Echarla!

Boris se indignó de esa broma; ¿echar á Sonia? Tanto valdría echar la luz de la habitación.

Entonces volvió á hacerse aquella pregunta insoluble: ¿Qué iba á hacer de aquella joven?

— Lo pensaré más tarde, se dijo.

Y salió para desempeñar sus negocios.

«Más tarde» es el gran amigo de los rusos.

En la calle se le ocurrió una idea maravillosa. Pero esta idea, al tomar consistencia, aguaba su alegría de la mañana.

A fuerza de reflexionar, se dijo que aquella era la única solución del problema. Pero ¿por qué esta solución no ofrecía nada consolador á su espíritu?

Esto no obstante, regresó á su casa resuelto á proceder como convenía.

— Sonia, dijo mientras ésta le servía la comida, ¿no has pensado nunca en casarte?

— ¿Yo?, preguntó ella en el colmo del asombro.

Y examinó á Boris con atención como preguntándose si en San Petersburgo se lo habían cambiado. Aquel examen pareció tranquilizarla, pues exclamó sonriendo:

— No.

— ¿Nadie te ha hecho el amor durante mi ausencia? ¿Ningún buen mozo te ha pedido en matrimonio?

Sonia se ruborizó, pero contestó claramente, mirando á su amo:

— Nadie..., ¿por qué?

Boris era el que le había enseñado, precisamente, á preguntar siempre por qué, cuando no sabía una cosa; pero en aquel momento, de fijo que al profesor le dolía aquella enseñanza.

— Es que, dijo después de reflexionar un rato, estoy decidido á hacerte un buen regalo cuando te cases, y ahora que tienes diez y ocho años...

No habló más; la idea que acababa de concebir no pasaba de allí. Sonia esperó un instante antes de contestarle, y habiéndose asegurado de que no le iba á decir nada más, habló, á su vez, con voz grave y lenta, como lo había hecho en dos ocasiones únicamente en su vida: el día que Boris perdió á su madre y el día que Lidia le había hecho traición.

— Señor, dijo, con acento en que parecía vibrar una muda reconvención, vuestra difunta madre me hizo prometer que os serviría siempre con fidelidad y que no me apartaría de vuestro lado. Si algún día tenía la desgracia de disgustar á usted, si me echara usted de su lado no me casaría, sino que sería esposa del Señor. Si alguna vez os ofendo, amo mío, Dios me consolará y el monasterio será mi casa. Pero mientras no le disguste á usted, permitidme que continúe sirviéndole.

De pie, con los brazos caídos, había vuelto á ser la Sonia de otros tiempos; sus palabras eran sencillas en medio de su dignidad humilde, y Boris era el que se sentía pequeño y humillado.

Cuando se hubo expresado en aquellos términos, quiso prosternarse siguiendo la antigua costumbre rusa; pero Boris se precipitó hacia ella y la recibió en sus brazos antes de que pudiera realizar su intento.

La joven no insistió y permaneció de pie delante de él, esperando una contestación y puesta en él su honrada y casta mirada.

— Tienes razón, soy un imbécil, dijo Boris de repente sin mirarla.

Sentía vergüenza ante ella; sin embargo, levantó los ojos magnetizado por aquella mirada que seguía esperando una respuesta.

— Soy un imbécil, repitió Boris riendo para ocultar su turbación; no te hablaré ya más de esas tonterías.

El semblante de Sonia recobró en seguida su animación ordinaria, es decir, volvió á ser el rostro que era nuevo para Boris; la expresión alegre de sus ojos y de sus labios brilló otra vez como un rayo de sol, y algunas horas más tarde, mientras la tetera hervía, de repente, sin saber por qué, tarareó á media voz una canción popular, cosa que no le había sucedido desde hacía muchos años.

Multitud de visitas y de encargos se habían acumulado durante la ausencia de Boris, así es que éste se pasó quince días sin parecer por su casa más que á las horas de dormir. Sonia no había tenido, por consiguiente, ni un momento para hablarle de sus lecturas; pero estaba dotada de mucha paciencia y la felicidad había vuelto á aquel hogar. Poco á poco se calmó aquel movimiento, y aquellos dos solitarios reanudaron, con gran satisfacción, su antigua existencia.

XXVI

Una tarde, el joven profesor acababa de terminar su almuerzo y Sonia de poner el salón en orden, cuando sonó la campanilla, y una voz que Boris no reconoció, tan seca y dura se había vuelto, preguntó por el Sr. Grebof.

— Entre usted, señorita, respondió Sonia.

— Haz el favor de anunciarnos, dijo la misma voz.

Y en tanto que Sonia quitaba á las visitantes sus abrigos de pieles, la misma voz continuó más bajo y en francés:

— Vea usted, mamá, qué elegancia.

— ¡Una simple camarera!, contestó otra voz.

Al oír aquellas caritativas afirmaciones, Boris no podía equivocarse: eran las señoras Goreline.

Instintivamente miró á Sonia; que después de haberlas introducido en el saloncito, había venido á decirle el nombre de las visitantes. Su tocado no tenía nada de particular ni de elegante en sí mismo; un sencillo traje de lana obscuro, un pequeño cuello blanco y un delantal de merino negro; pero lo que daba un aspecto agradable á aquel vestido severo, sin una cinta, sin un encaje, era la limpieza minuciosa de las prendas y más que nada la forma graciosa de aquel cuerpo juvenil, la abundancia de las pesadas trenzas, la blancura de la piel y el aire de sencilla dignidad de la joven. No parecía en verdad una camarera; pero todo su tocado en junto no valía cinco rublos.

Boris vió todo aquello de una sola mirada y sonrió á Sonia que le interrogaba con los ojos sin darse cuenta de ello. Al pronunciar el nombre de la señorita Goreline había palidecido ligeramente. ¿Temía una emoción desagradable para su amo? Acaso sí.

La sonrisa de Boris la tranquilizó, y contestando con otra parecida, se retiró á la cocina para proseguir sus quehaceres.

Al entrar en el salón, Grebof se sintió perfectamente dueño de sí mismo; el pasado había muerto y bien muerto, como si jamás hubiese existido. Las dos señoras se levantaron al verle; las saludó cortésmente, las hizo sentarse y se sentó él á su vez.

Lidia no era Lidia. Era una solterona ajada. No tenía sin embargo más que veinticinco años; pero para las que buscan continuamente marido, los años de campaña deben contarse por doble tiempo: en los siete años que corría el gran mundo, las esperanzas fallidas, los choques de amor propio, los estragos de una ambición insaciable y siempre impotente habían cambiado su rostro y su voz lo propio que su carácter.

Con luz artificial debía ser hermosa todavía, pues sus facciones habían conservado su pureza clásica; pero con la claridad del día, tal como la veía Boris, con su vestido de seda negro ajado, su sombrerito de encaje algo viejo, sus guantes remendados, con sus ojos rodeados de un círculo rojizo y los labios arrugados, no era siquiera una sombra de Lidia; era una segunda edición de la señora Goreline.

Boris, al verla así, la compadeció interiormente, pero como hubiera compadecido á una desconocida que de un pasado esplendoroso hubiera llegado á un presente miserable. Su conmiseración fué corta y superficial; pues á decir verdad, lo que había amado no era ella, sino lo que habría podido ser, lo que no quiso ser, y por eso mismo se había alejado, para no volver más, el día de la traición.

En tanto que así discurría, la señora Goreline había tomado la palabra, hablando en un tono que descubría su preocupación, á pesar del aplomo soberbio que siempre tenía. Explicaba la serie de miserias por que había pasado como una lección aprendida. Había muerto su marido y le habían hecho mil infamias para concederle una viudedad menguada.

— Mi hija, sobre todo, es la que puede quejarse, pues tenía derecho la pobre á una pensión especial; pero han pretendido que la mía debía bastarnos y que Eugenio está en edad de trabajar. La verdad es que es un buen mozo para sus diez y ocho años; pero ¿comprende usted, Boris Ivanovitch, si un muchacho de esa edad que no ha salido todavía del colegio puede servir para algo?

Boris pensaba que precisamente á los diez y ocho años y durante su primer curso de la Universidad daba ya conferencias á los otros alumnos para no ser tan gravoso á su madre. En lugar de contestar, pues, se contentó con hacer un pequeño signo de asentimiento.

— Ya lo ve usted, continuó la señora Goreline, esto es lo que les dije á los del ministerio. He escrito al príncipe Armianof, nuestro vecino, sin tener en cuenta que era esto una humillación para nosotros, después del modo como se portó. Figúrese

usted que se ha casado y no nos ha presentado á su esposa. Y no es que sea interesante esa señora; ni siquiera es bonita, y tiene unas ínfimas... ¡Mire usted que no habernos considerado dignas de una visita! ¡Y cuando pienso que es hija de un profesor de latín! En fin, no hay madre que no deba soportarlo todo por sus hijos, y he escrito al príncipe contándole las injusticias que nos hacían. Pues bien: no se ha dignado tomarse la molestia de venir á vernos, y nos contestó que se ocuparía de este asunto. Bien se ve que se trata de una pobre viuda sin defensa. Si hubiese vivido mi querido esposo, no se hubieran atrevido á tratarme de esta manera.

La señora Goreline enjugó sus ojos, que estaban completamente secos, con un pañuelo de batista desgarrado.

— ¿De modo que el príncipe Armianof no ha hecho nada por usted, entonces?, preguntó Boris con tono algo frío.

— Al contrario, ha obtenido trescientos rublos de aumento de pensión, que á mi muerte pasarán á mi hija; pero no tuvo por conveniente comunicármelo; de modo que cuando recibí esta noticia, si no hubiese ido yo misma al ministerio para informarme de lo ocurrido, nunca habría sabido que era él quien lo había solicitado y obtenido. Hay gentes, en verdad, que ignoran las más rudimentarias reglas sociales.

— Si tiene usted lo que desea, dijo Boris conteniendo una sonrisa, debe usted felicitarle de haberlo conseguido.

— Sí, contestó la señora Goreline con volubilidad; pero esto no basta, Sr. Grebof. Ha sido necesario comprarnos vestidos de luto, y luego un hijo..., un hijo cuesta mucho, y apenas si podemos nunca saldar las cuentas sin déficit. Me cuesta mucho confesarle esto, Sr. Grebof, á usted, que nos ha conocido en tiempos más prósperos; pero es preciso convenir que vivimos casi pobremente, y á pesar de ello nuestros gastos son mayores que nuestras rentas. He pensado que usted podía sernos útil; ¿es usted tan bueno!

La señora Goreline se detuvo con la mirada fija en Boris, esperando que éste la alentara. Pero ¡cosa rara! Había olvidado que quiso un día pegarle, y le echó de su casa por haber pedido la mano de su hija. No se acordaba sino de una cosa; que había amado á Lidia, y que por este solo hecho debía estar dispuesto á hacer cualquier sacrificio por complacerles.

Las naturalezas de esta índole son mucho más comunes de lo que se cree; en todas las sociedades se ven palpables ejemplares de ellas, y únicamente se distinguen unas de otras en la capa de barniz de buena crianza que las cubre.

Boris escuchaba aquel flujo de palabras sin decir esta boca es mía, y lo que le sorprendió más fué lo impensado del final. Sin la presencia de Lidia, que tenía los ojos bajos y permanecía sin pronunciar una palabra, hubiese acompañado cortésmente á la puerta á la generala, asegurándole que no era tan bueno como ella suponía. El aspecto triste de la hija le hizo más misericordioso para la madre y la dejó que acabase como pudiera el comenzado discurso.

— ¡Es usted tan bueno!, repuso la generala al cabo de un momento, después de haber esperado en vano una contestación. Es usted actualmente un hombre célebre, continuó con una risa que quería ser alegre; ha escrito usted en colaboración con un sabio un libro muy notable. Ya sabemos que es usted árbitro en todo diario y en toda revista, y hemos pensado que podría sernos de mucha utilidad su influencia. Como le decía á usted, Sr. Grebof, hemos sido amigos en otro tiempo.

Boris, completamente extrañado, la miraba con incredulidad.

— Sí, hemos sido amigos; fuí un poco viva de genio, añadió suspirando; pero ¿qué quiere usted?, no siempre sabe estar una á la altura de las circunstancias. ¿Quién podía prever... después de tantos años? Irá usted á vernos, ¿no es eso, Boris Ivanovitch?

— ¿Quería usted pedirme alguna cosa?, preguntó Boris con tono glacial.

— Sí; he aquí de lo que se trata. Mi hija ha traducido una novela del alemán, y he pensado que usted podría recomendarla al director de una revista, el *Mensajero de Europa* ó el *Mensajero ruso*.

— No está mal pensado, díjose Boris para sus adentros.

— He aquí el manuscrito, continuó la señora Goreline tomando un rollo voluminoso que su hija acababa de sacar del manguito. ¿Quiere usted mirarlo un momento?

Boris lo cogió y miró aquella escritura fina y descuidada á la vez, que había hecho latir su corazón

en otro tiempo. ¡Cuán lejos estaban aquellos días en que le dictaba versos del *Jocelyn*! Abrió fríamente el cuaderno y miró el título.

Era una lucubración ampulosa y sentimental, como se ven en los diarios de señoritas y en que los labios de las novias juegan un papel tan importante á lo menos como su corazón.

Lidia, estremeciéndose de emoción, miraba los dedos impasibles de Boris hojear el manuscrito. ¿Se acordaba acaso de Lamartine y de su propia juventud? ¡Quién sabe! ¡Tantos acontecimientos habían sucedido después!

— Siento verdaderamente que se haya usted tomado tanta molestia, dijo Boris sinceramente, contrariado por la contestación que debía dar y mirando por primera vez con benevolencia á Lidia. Ha hecho usted un trabajo enorme, y es lástima que le haya emprendido sin tomar antes consejo de alguna persona inteligente. Creo que la traducción es buena, pero la elección es malísima. Ningún director de revista consentirá en imprimir una obra de tan poco valor.

— ¡Oh! Pero si es usted quien la lleva, Boris Ivanovitch, sabemos que no le pueden negar nada. Todos tienen tanta confianza en el gusto de usted, que estoy segura que se la tomarán á ojos cerrados si se encarga usted de presentarla.

— Disto mucho de tener la influencia que me atribuye usted, contestó tranquilamente Boris; pero si así fuese, me obligaría á escoger con gran cuidado las obras que quisiera presentar, y nunca me atrevería á proponer esa desdichada novela. Se lo repito á usted, no es que la traducción sea mala, sino que el original está mal elegido, y el público la reprobaría conmigo.

— De modo que nos niega usted lo que le pedimos, Boris Ivanovitch, dijo la señora Goreline con su voz más meliflua; esto no está bien: recuerdo que hubo un tiempo en que estaba usted más dispuesto que ahora en agradar á mi hija, repuso con una sonrisa irónica.

Lidia avanzó rudamente la mano descarnada hacia el brazo de su madre para detenerla; pero era ya demasiado tarde: Boris se había levantado, pálido de indignación, y saludaba á sus visitantes para indicarles que la visita había acabado. Pero la señora Goreline no era mujer para dejarse despedir sin vengarse de esta injuria.

— Nos lo rehusa usted porque tiene otra cosa en la cabeza, continuó dejándose arrebatar por la cólera. La sociedad de las gentes distinguidas le debe pesar ahora. El que se encanalla con viles mendigas no puede alternar con la gente noble.

— ¿Qué dice usted?, gritó Boris.

— Digo, exclamó la vieja con su voz más aguda, que presté un gran servicio á la sociedad el día que eché á usted de mi casa con esta muchacha, de la que ha hecho usted su querida, que vive con usted públicamente y que abre la puerta á las personas que vienen á visitarle. Vámonos, Lidia, jamás debimos poner los pies en esta casa.

— Ya te lo había dicho, mamá, chilló Lidia con su voz aguda y cascada.

El ruido de un cuerpo que cae sonó detrás de la puerta. Boris no lo oyó: temblaba de pies á cabeza y la sangre que inyectaba sus ojos le cegaba. El fondo eslavo de su robusta naturaleza empujaba irremisiblemente sus dos puños cerrados á caer sobre la cabeza de aquellas dos miserables mujeres. Dió un paso con tanta cólera y fuerza, que retrocedieron asustadas ante el brillo de su mirada.

— ¡Mamá, mamá!, gritó Lidia refugiándose detrás de un sillón, nos va á pegar. Pida socorro.

Aquella palabra devolvió á Boris su sangre fría. Apartándose para dejar pasar á las dos mujeres, abrió de par en par la puerta del salón. Pasaron ante él sin decirle una palabra y se apresuraron á tomar sus abrigos que estaban en la antesala. El manuscrito había rodado por tierra; Boris lo recogió y lo puso sobre la mesita delante de Lidia, que aprisa y corriendo se metía sus botas de abrigo. Esta miró temerosamente al hombre que la había amado: la cólera, el miedo, algo de respeto y quizá de admiración se mezclaban en aquella mirada que encontró la de Boris, fría como el acero y rebosante de un indecible desdén. Todas las malas pasiones hirvieron dentro de ella, y al transponer la puerta de la escalera echó á Boris una última palabra de odio:

— Hice bien en no casarme con un hombre brutal, con un libertino que educa á las muchachas para seducirlas y perderlas.

— Después de la traición, la calumnia, dijo sonriendo Boris, completamente dueño de sí mismo; es natural. Señoras, tengo el honor de saludarlas.

Y cerró la puerta detrás de las dos mujeres. Por un instante quedó inmóvil en el recibimiento tratan-

do de darse cuenta de lo que habían dicho aquellas dos miserables calumniadoras.

Un destello de indignación hirió su alma; Sonia debía haberlo oído todo. Los débiles tabiques de aquella habitación dejaban oír el menor ruido.

Se precipitó hacia la cocina con un ansia febril. Tenía el vago sentimiento de que había acontecido una desgracia.

La pequeña pieza, clara y reluciente de limpieza, estaba desierta. Abrió la puerta de la escalera de servicio y escuchó: no había nadie ni se percibía ruido alguno.

Desesperado, agitó febrilmente los vestidos de Sonia colgados en un pequeño armario. El abrigo y el chal que llevaba ordinariamente para salir estaban en su sitio. Pasó á su cuarto; nada tampoco.

Quedaba únicamente el cuartito semiobscuro en que Sonia tenía su cama y donde él no había penetrado jamás.

Hasta entonces con el corazón conmovido no había llamado; pero al poner la mano en el pomo de la puerta, se detuvo y murmuró en voz baja:

- ¡Sonia!

Un débil ruido, sollozo ó gemido, le contestó. Entró apresuradamente y encontró á la joven de rodillas en el suelo replegada sobre sí misma, con la cabeza oculta entre las manos.

Boris la veía apenas en aquella semiobscuridad; sus trenzas se habían deshecho y cubrían sus hombros con sus sedosas ondas. Al entrar el joven pareció acurrucarse más todavía, como si un sentimiento de vergüenza la hiciese ocultar á sus miradas.

- Sonia, dijo Boris dando un paso hacia ella.

Su corazón rebosaba de lágrimas, y hubiese dado

cuanto tenía para calmar los sollozos desesperados que agitaban el pecho de la pobre criatura arrodillada ante él; quería estrecharla contra su corazón, secar sus lágrimas con sus besos como se hace con un niño herido, y no se atrevía porque cada uno de sus gestos podía parecer una ofensa á aquella virgen ultrajada.

- Sonia, repitió en voz baja.

Aquel llamamiento salía del fondo de su corazón.

La joven levantó hacia él sus ojos anegados en lágrimas. ¡Qué mirada tan sumisa y cargada de súplicas! Imploraba perdón, cuando hubiese podido fulminar los rayos de su cólera.

Boris sintió que el corazón latía violentamente en su pecho: aquella mirada suplicante le revelaba un mundo de sentimientos hasta entonces ignorados.

- Sonia, dijo; he sido culpable, te pido perdón.

- ¡Perdón!, exclamó ella levantándose de repente. ¿Usted? Si soy yo quien debiera pedirlo.

Se dejó caer de rodillas ante el joven.

- Habría debido comprender que mi presencia aquí podía causarle disgustos, que no era prudente que le sirviera á usted más tiempo, so pena de que le calumniaran. ¡Oh, amo mío, todo se lo debó á usted; gracias á su bondad he conocido á Dios y la honradez y la libertad, y me ha amado usted lo mismo que su santa madre; y yo, yo sólo le traje á usted la vergüenza y la injuria! ¡Ah, debía haberme muerto!

Boris no se atrevía á interrumpirla. Le parecía que aquella hora iba á decidir de su vida entera, que su destino pendía de los labios de Sonia y que ésta iba á pronunciar el fallo inapelable.

- Sí, debía haber muerto ó haberme marchado,

repuso sin cesar de llorar; pero no podía marcharme, pues usted, amo mío, usted lo es todo para mí: no puedo, no quiero vivir lejos de usted; le amo cien veces, mil veces más que á todo el mundo; no puedo vivir donde usted no habita. Cuando estaba usted allá en San Petersburgo, se me figuró que se había puesto el sol, que no existía Dios. Y he sido cobarde. Cuando usted me preguntó si quería casarme, debí decirle que sí ó marcharme; pero no podía. No créf que por mi causa pudiese usted ser insultado jamás.

Boris la escuchaba, y con las palabras desesperadas de la pobre niña, una alegría íntima se desbordaba de su corazón; un nuevo horizonte se abría ante él; una vida llena de sol y de dicha; y escuchaba con los ojos dilatados para ver mejor, con los labios entreabiertos para mejor oír, con los brazos tendidos para cogerla en cuanto acabara de hablar.

- Me iré, amo mío, me iré; hoy, en seguida, y les dirá usted á todos que eso no era verdad, que habían mentido y que me he marchado. ¡Ah, sí! Debiera haberlo hecho antes; pero ¿es culpa mía si le amo más que á mi vida? A lo menos cuando yo no esté aquí, será usted dichoso.

Habíase incorporado un poco, apoyando su mano en el cofrecito que encerraba todo su ajuar, y levantaba hacia Boris su semblante resplandeciente por la alegría del sacrificio.

Disponíase á partir, tal como decía; pero Boris la detuvo, y estrechándola entre sus brazos le dijo:

- ¡Dichoso sin ti! ¿Sin ti? ¿No sabes, Sonia, que te amo? Dime, ¿quieres ser mi esposa?

FIN

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra
ASMA
 CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
 30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.
 PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.



AGUA LÉCHELLE
 HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*; el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

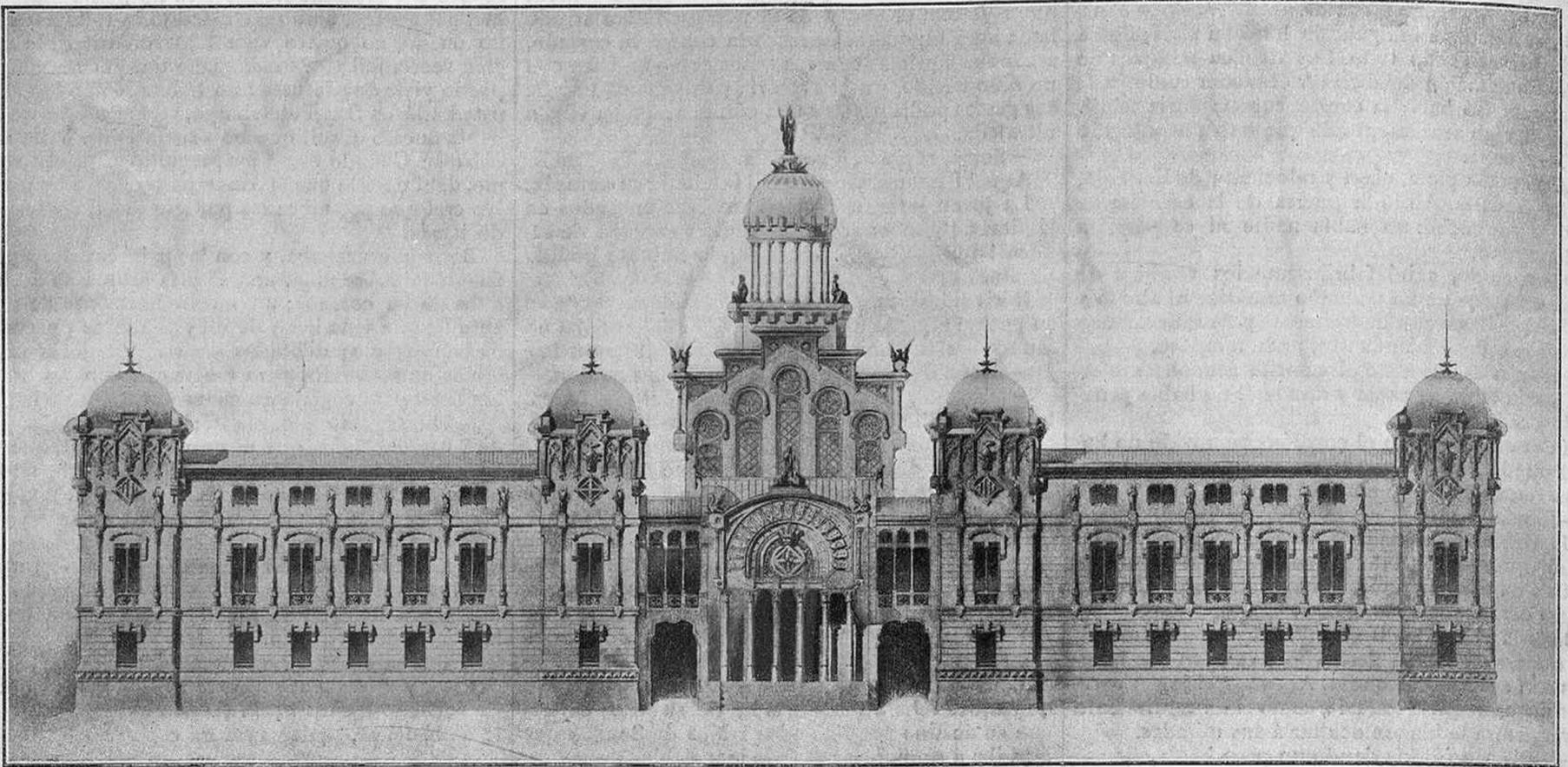
HARINA LACTEADA.
 Alimento completo
NESTLÉ
 para NIÑOS y ANCIANOS.
 Contiene la Leche pura de Suiza.



Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Sèine.



PALACIO DE JUSTICIA DE BARCELONA, PROYECTADO Y DIRIGIDO POR LOS ARQUITECTOS D. ENRIQUE SAGNIER Y D. JOSÉ DOMÉNECH ESTAPÁ

PALACIO DE JUSTICIA DE BARCELONA
 PROYECTADO Y DIRIGIDO POR LOS ARQUITECTOS
 D. ENRIQUE SAGNIER Y D. JOSÉ DOMÉNECH ESTAPÁ

Hállase emplazado este suntuoso edificio, una de las galas del arte moderno, en la anchurosa vía denominada Salón de San Juan, ocupando un área de siete mil trescientos cincuenta

metros. Los distinguidos arquitectos Sres. Sagnier y Doménech Estapá, autores del proyecto, no se ajustaron a estilo alguno determinado, proponiéndose sin duda producir una obra inspirada en los conceptos hoy imperantes, en la que se enlazan con el mayor acierto los materiales utilizados con las líneas arquitectónicas. Consta el edificio de tres cuerpos, destacándose el central por su grandioso pórtico, rematado por elegante cúpula, limitando los cuatro ángulos igual número de caprichosas torres. Los amplios paramentos de las fachadas hállanse exornados con estatuas y notables bajos relieves de-

bidos á los escultores barceloneses, representando cada uno de ellos hechos ó acontecimientos que se relacionan con la historia jurídica de nuestro país, de suerte que entrañan un doble carácter y han de estimarse las fachadas del Palácio como una gallarda manifestación del arte patrio. Los nombres de los arquitectos Sres. Sagnier y Doménech Estapá se hallarán unidos á los de los artistas que han contribuido con su esfuerzo á embellecer la obra, y á unos y á otros les cabrá la satisfacción de haber realizado una construcción que honra á nuestra ciudad.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Co. B-St-Denis, 16

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.
 CLIN y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165.
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exíjir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
 PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exíjir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES de la PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN